



TORRE

MARTÍN MIGUEL DE GÜEMES

Fuegos del norte

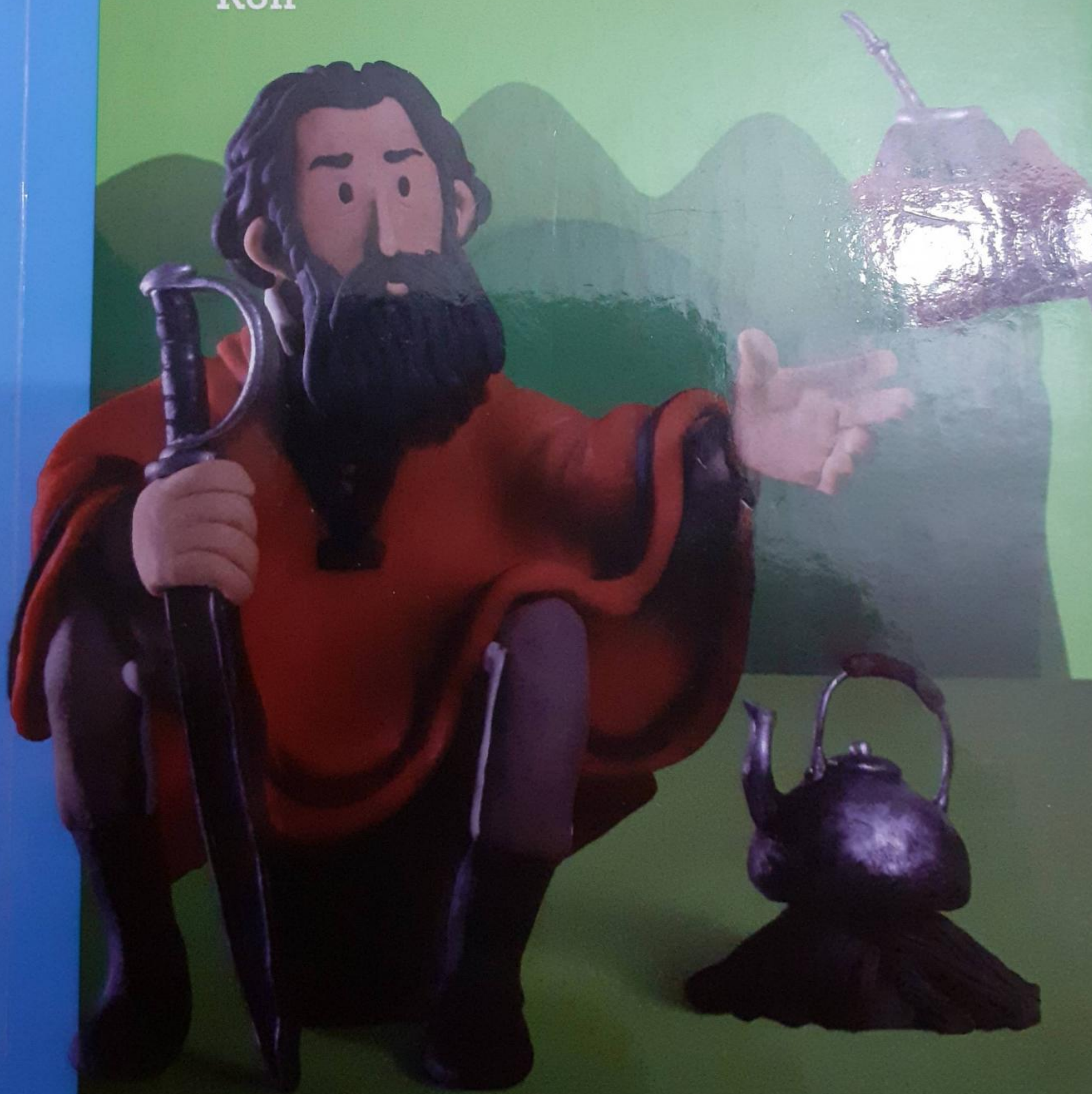
Nicolás Schuff

Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Koff



Schuff, Nicolás

Martín Miguel de Güemes : Fuegos del norte / Nicolás Schuff ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Juan Pablo Zaramella ; Koff. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Grupo Editorial Norma, 2019.

120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre de papel azul)

ISBN 978-987-545-745-4

1. Narrativa Histórica. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Zaramella, Juan Pablo, ilus. IV. Koff, ilus. V. Título.
CDD A863

© Nicolás Schuff, 2019

© Editorial Norma, 2019

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primer edición: enero de 2019.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: enero de 2019

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Asesoramiento histórico: Laura Ávila

Corrección: Roxana Cortázar

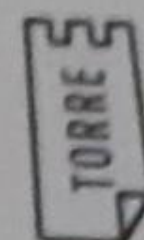
Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Gregorio Branca

CC: 61087283

ISBN: 978-987-545-745-4



MARTÍN MIGUEL DE GÜEMES

Fuegos del norte

Nicolás Schuff

Ilustraciones

Juan Pablo Zaramella y Koff

Asesoramiento histórico

Laura Ávila

Norma

www.edicionesnorma.com/argentina

Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento,
y gente de fuego loco que llena el aire de chispas.
Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman;
pero otros arden la vida con tanta pasión
que no se puede mirarlos sin parpadear,
y quien se acerca se enciende.

Eduardo Galeano

1
En la casa natal

Andaba con cuidado, agachándose y apartando las ramas espinosas para no enredarse el pelo.

—¡Martín! —llamó.

Nada. El rumor del viento. Un pájaro que levantó vuelo de golpe.

Macacha solía jugar con su hermano en aquel bosque, pero nunca sola. Sabía que podía haber pumas. Y aunque casi nunca se acercaban a las inmediaciones de la casa, la posibilidad de encontrarse con uno la llenaba de inquietud. Llamó más fuerte.

—¡Martín Miguel! ¡Te buscan en casa!

A sus espaldas se quebró una rama. Le pareció ver una sombra que se escabullía. Enseguida,

una figura roja saltó hacia ella desde los arbustos.

Macacha gritó. La figura no tenía cabeza y se acercaba rápido. Sin pensarlo dos veces Macacha salió corriendo, pero tropezó. En el suelo manoteó una piedra grande. Se persignó y se dio vuelta para enfrentar a aquel demonio. La aparición asomó la cabeza por el hueco del poncho que cubría su cuerpo.

—¡Te asustaste! —dijo Martín, riendo, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Estás bien?

—Qué gracioso.

Ella estaba acostumbrada a las travesuras de Martín, pero siempre lograba sorprenderla.

—¡Tan grandote y haciéndote el diablito!

—No te enojas, hermanita.

—No me enojo —dijo ella—. La próxima te doy con esto y listo. Apurate, papá quiere verte.

Salieron juntos de entre los árboles, sacudiéndose la ropa, en dirección a la casa.

Al pasar por la cocina, Martín se llevó una de las empanadas recién hechas por su madre. Después fue hacia el despacho y golpeó la puerta dos veces.

—Adelante —respondió “el Tesorero”, como llamaban todos a su padre.

El fuego del hogar estaba encendido. El hombre tenía una pluma en la mano, revisaba papeles.

—Termino en un minuto —dijo, y le indicó con un gesto que tomara asiento.

Martín masticó la empanada en silencio.

Gabriel de Güemes Montero era español. Había llegado al Virreinato del Río de la Plata para ocuparse de las cuentas de la Corona. En Buenos Aires se había casado con Magdalena Goyechea, una criolla nacida en Jujuy. Poco después de tener al primer hijo, a él lo destinaron a Salta, y la pareja se instaló allí.

Según le había contado a Martín, su padre se sintió cómodo de inmediato en esa ciudad tranquila, antigua y bonita. Le recordaba en algo a los pueblos de España. Le gustaron sus calles de barro y piedra, y esas casas señoriales con techos de tejas rojas y patios donde crecían árboles frutales.

En una de esas casonas había nacido el segundo hijo, él, Martín Miguel, en 1785. Dos años después llegó María Magdalena, a la que todos llamaban “Macacha”. Y luego otros cinco hermanos.

De vez en cuando, Gabriel de Güemes le pedía asistencia a Martín con cuentas y números. Al hijo lo impacientaban un poco esas tareas. No podía quedarse sentado mucho tiempo.

Ahora, mientras esperaba, Martín vio sobre el escritorio un ejemplar de un libro del que su padre le había leído algunos fragmentos: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, uno de los tantos tomos que había traído consigo desde España. Era un hombre culto que, junto a su esposa, había instruido a sus hijos en los ideales de la justicia y la equidad, y en los valores de la religión cristiana.

El Tesorero dejó la pluma y se quitó los anteojos. Se frotó los ojos y miró a su hijo en silencio.

—¡Cómo pasa el tiempo! —dijo al fin—. Me acuerdo del día en que naciste como si fuera ayer. Y sin embargo vas a cumplir catorce años. Ya sos un hombre.

Don Gabriel de Güemes Montero hizo una pausa y se reclinó sobre el respaldo de la silla antes de continuar:

—Tenía pensado que, llegado este momento, siguieras los pasos de Juan Manuel, en Chuquisaca¹. Pero he decidido otra cosa. Vas a unirte al Fijo² como cadete, aquí, en Salta.

1. Se refiere a la Universidad Mayor, Real y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, una de las más antiguas de Sudamérica, ubicada en la ciudad de Sucre, Alto Perú (actual Bolivia).

2. Se denominaba "Fijo" al Regimiento de Infantería de Buenos Aires.

Martín no supo qué responder. Aunque sabía que ese momento llegaría, no pensó que sería tan pronto. Miró atento a su padre.

—Estoy seguro de que honrarás nuestro apellido —concluyó el hombre.

Esa noche, en la oscuridad del cuarto, Martín tardó en dormirse. La carrera militar era un destino con el que había fantaseado más de una vez. Pero ahora el futuro lo llenaba de incertidumbre.

2
Injusticias

Se levantó al alba. La casa estaba a oscuras. Martín se cambió para salir. Montó su caballo y se fue a tomar unos mates con los gauchos que, a esas horas, empezaban con el trabajo diario en las fincas de la familia.

El Tigre Gil, el Mulato Panana y dos más ya estaban reunidos ante un fogón. Hacía frío. Lo recibieron con gusto y le convidaron unos mates dulces mientras el cielo clareaba entre los cerros.

Martín los conocía desde chico. Estaba acostumbrado a esas rondas y disfrutaba de su compañía. Pero esa mañana, quizá porque iba a marcharse, por primera vez vio a esos gauchos de un modo diferente.

Les miró las manos ásperas, curtidas, callosas, tan distintas a las de su padre, a las de los curas de la escuela. Manos oscurecidas por el contacto con la tierra y con el sol. Era en gran parte gracias a esas manos que su familia tenía para comer y para abrigarse cada día.

De esos hombres prácticos y silenciosos, Martín había aprendido muchas cosas. Cómo arrear, cuidar y alimentar a los animales. También el uso del lazo, de las boleadoras, del cuchillo. Pero, sobre todo, ellos le habían enseñado lo que más lo apasionaba: cómo domar y montar un caballo. En ese momento sintió un asomo de tristeza por tener que despedirse.

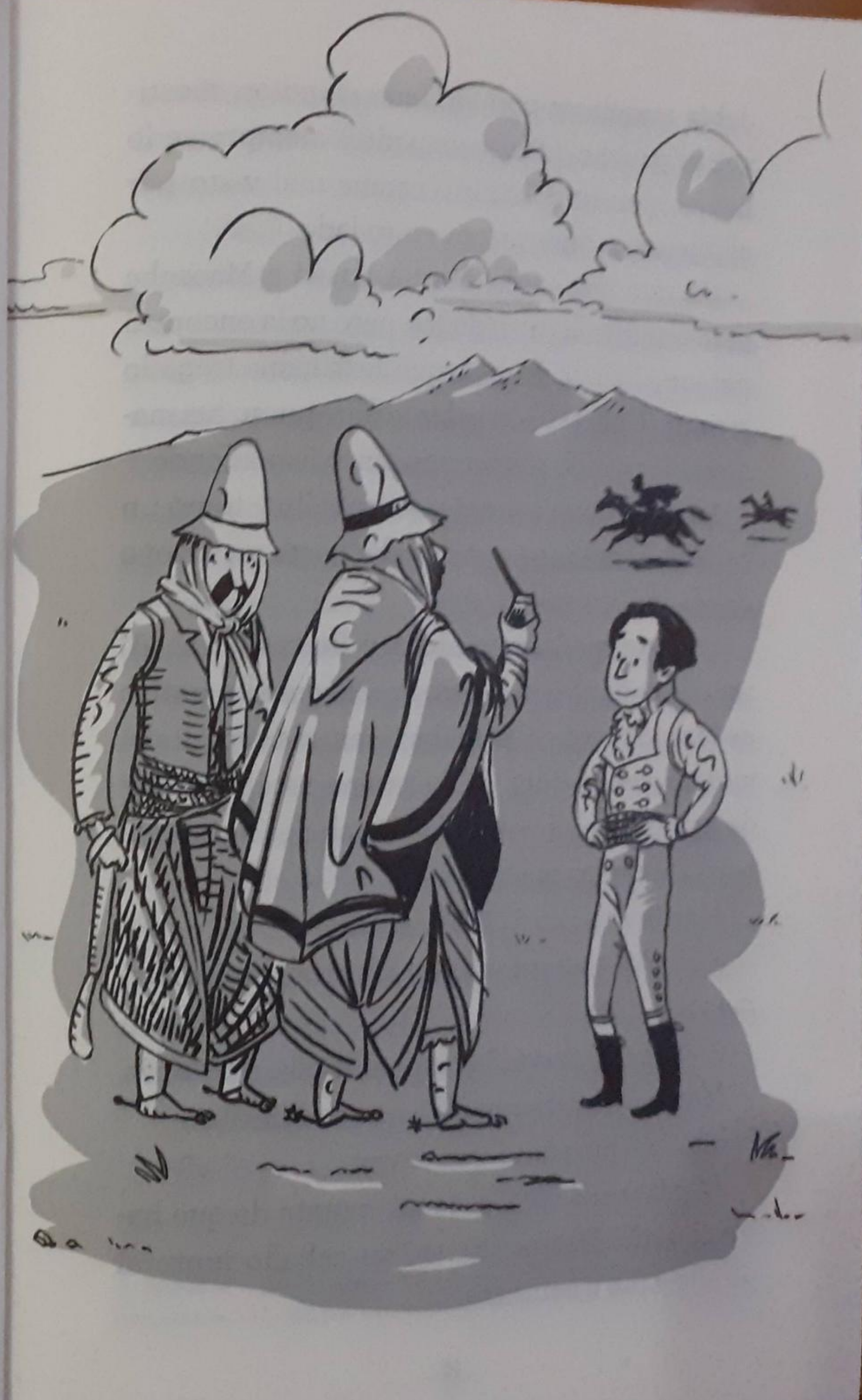
—¡Qué seriecito anda el joven Martín esta mañana! —bromeó el Tigre Gil.

Forzando una sonrisa, Martín les contó las novedades. Los gauchos lo felicitaron.

—Seguro que va a llegar a jefe —dijo el Tigre—. Recuerde que acá me tiene para lo que necesite mandar.

Mientras sorbía otro mate que le entibiaba las tripas, Martín recordó que un compañero de escuela le había dicho que la clase decente³ no

3. Se llamaba así a los "vecinos" de la ciudad; es decir, a quienes tenían una propiedad, un empleo y limpieza de sangre (no descendían de moros, indios ni negros).



debía mezclarse con sirvientes, indios, mestizos ni gauchos. Pero sus padres siempre se lo habían permitido. Si eso estaba mal visto por alguien, que miraran para otro lado.

Un rato más tarde, Martín buscó a Macacha para contarle las novedades, pero no la encontró por ningún lado. Parecía que se la había tragado la tierra. Uno de los criados le dijo que su hermana había partido poco antes, sin avisar adónde.

Martín volvió a montar su caballo y tomó un camino pedregoso que llegaba hasta un arroyo donde los dos solían jugar.

Era una mañana ventosa y llena de luz. Al rato de andar llegó al arroyito. El caballo petiso de Macacha, atado, tascaba mientras espantaba moscas con la cola. Su hermana estaba sentada bajo un cebil colorado. Miraba el agua que corría entre las piedras.

Martín se acercó sin desmontar.

—¿Así que ahora salís de aventura sin tu hermano? —dijo.

—¿No será al revés? —respondió ella, muy seria. Martín no comprendió a qué se refería.

—Mamá me contó que te vas.

Al mirar sus ojos, él se dio cuenta de que había llorado. Desmontó, ató su caballo junto al de ella y fue a sentarse.

—Nos veremos seguido, hermanita. Voy a formar parte de una compañía⁴ chica, acá en Salta.

—¿Pero por qué no puedo ir yo también? —protestó Macacha—. La educación, la carrera, las aventuras, las decisiones familiares... todo para los hombres. ¡Siempre igual! Nosotras tenemos que quedarnos en la cocina, tejer, ser madres. Es muy injusto.

A Macacha se le escapó una lágrima. Levantó una piedra y la arrojó al agua con furia.

—Te prometo algo —dijo él—. Cuando yo sea jefe del ejército, vamos a luchar juntos.

Macacha lo miró para ver si hablaba en serio. Muchas veces, los dos se lamentaban de lo injusto que era el mundo. En los arrozales solían ver negros, mestizos o mulatos trabajando hasta desfallecer, mientras los capataces españoles los maltrataban desde sus caballos. Eran cosas que no podían entender y que los indignaban. Siempre habían querido hacer algo para cambiar esa situación, pero no sabían qué.

—¿Me lo prometés? —preguntó Macacha.

—Te lo prometo.

4. Según la organización interna del ejército de la época, cada batallón estaba formado por varias compañías.

Ella se limpió la mejilla húmeda con el dorso de la mano. Martín se sintió mejor. Las dudas de la noche anterior empezaban a disiparse. Cada vez estaba más convencido de que debía unirse al ejército. Así estaría mejor preparado para luchar contra todo eso que tanto le dolía y lo enojaba. Además, le iba a permitir conocer mejor el territorio de su provincia, y los hombres y las mujeres que lo habitaban.

—¿Carrera? —dijo Miguel.

—¡Carrera! —aceptó Macacha.

Se pararon de un salto, montaron sus caballos y salieron al galope, dejando un eco de risas y una nube de tierra a su paso.

3

La fragata invasora

Era agosto en Buenos aires y llovía desde hacía muchos días. Las calles se habían convertido en barriales imposibles de transitar. Martín ya había cumplido veintiún años. Había llegado a la ciudad un tiempo atrás, desde el norte, para completar su instrucción.

Los años previos había vivido en Salta, en el ejército fijo. Fueron tiempos que le permitieron conocer la provincia de forma íntima. No solo cada valle y quebrada, cada monte, arroyo y laguna, cada rancharío y poblado. También el carácter, las costumbres, necesidades, tristezas y alegrías de los paisanos, los esclavos, indios y negros que ponían el cuerpo para trabajar una tierra cuya propiedad se arrogaba

el rey de España, Fernando VII. Todo eso no había hecho más que alimentar su enojo por las injusticias que se vivían en el Virreinato.

Al llegar a Buenos Aires, Martín había llamado la atención de sus superiores. Él era uno de los pocos que sabía domar un caballo, esa habilidad que había aprendido de los gauchos, y que estos, a su vez, habían aprendido de los indios.

Semanas atrás, el 25 de junio de 1806, los ingleses habían tomado la ciudad por las armas. El virrey Sobremonte había escapado y las familias más ricas de Buenos Aires se habían dispuesto a negociar con los invasores. Pero el resto de la población, que era hostil a los extranjeros, estaba indignado por la ineptitud y la cobardía de las autoridades españolas.

La resistencia quedó a cargo del capitán Santiago de Liniers. Su ejército era pequeño, comparado con el del enemigo. No más de mil hombres. Pero con el correr de los días logró reclutar a cientos de criollos, gauchos, indios, mulatos, negros libertos y esclavos. Incluso se sumaron mujeres y niños. Peleaban con fusiles o con lo que tuvieran a mano: cuchillos, piedras, palos, botellas, puños.

Por todas partes hubo escaramuzas y combates. Las tropas de Liniers y el pueblo en armas

redujeron a los invasores, que quedaron atrincherados en el Fuerte de Buenos Aires⁵, prácticamente vencidos. Pero aún había barcos ingleses frente a la ciudad. Disparaban los cañones haciendo temblar los vidrios de las casas porteñas y hasta los cimientos del Cabildo.

Liniers designó a Martín Güemes como líder de un pelotón que debía patrullar la costa.

La mañana del 12 de agosto de 1806, desde un barranco, Martín estudiaba el buque de guerra encallado en el río. Lo acompañaba un grupo de paisanos armados con sables, facones, tacuaras y boleadoras.

El buque era un bulto oscuro en la neblina que de a poco comenzaba a dispersarse. A causa del viento había ocurrido algo extraordinario. Al amanecer, la marea había bajado mucho más de lo habitual. Martín sabía que el barco estaba varado, apenas cubierto por el agua.

Los jinetes alternaban la vista entre la nave enemiga y el hombre que debía conducirlos. Recelaban de su edad y su origen, de su uniforme de soldadito de la clase decente, con casaca abotonada y sombrero. Al mismo tiempo, había

5. Era la antigua casa de gobierno. Estaba donde actualmente está emplazada la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo nacional.

algo en su modo de montar y en su gesto fiero y desafiante que los estimulaba.

—¡Vamos! —ordenó Martín.

Bajaron el barranco con cautela, en fila india. Los ollares humeaban en la fría mañana. Las caballerías se detuvieron al llegar al agua y permanecieron entre los juncuales. Desde ahí, los jinetes pudieron ver el nombre del buque pintado en el casco: *Justine*. Era una fragata con veintiséis cañones.

—Quién sabe cuántos habrá arriba —dijo uno de los hombres.

—Ahora vamos a averiguarlo —respondió Martín, y avanzó río adentro.

Hubo un momento de duda en el pelotón. ¿El salteño estaba loco? Pero enseguida vieron que el agua apenas llegaba a la mitad de las patas del caballo. Y se apuraron a seguirlo.

A metros del barco, Martín encaró a su pelotón. Desenvainó la espada, la agitó en el aire y gritó:

—¡Al abordaje!

Aquellos hombres jamás habían subido a un barco. Esa mañana lo hicieron por primera vez del modo más imprevisto: a caballo y aullando.

Los ingleses corrieron a tomar sus armas. Pero la sorpresa, la neblina y la ferocidad del

inesperado adversario les impidieron tener puntería.

Chocaron los cuchillos y los sables. Se mezclaban gritos en español y en inglés. Las boleadoras golpeaban cabezas o enredaban piernas, silbando en el aire.

Antes del mediodía, la bandera inglesa había sido arriada del palo mayor. El capitán enemigo y los soldados sobrevivientes fueron maniados y conducidos a pie hacia la Plaza de Armas.

Martín iba al frente, dando ánimo a sus hombres heridos en la lucha. Uno de ellos, agitando en el aire su tacuara victoriosa, gritó:

—¡Viva el salteño, carajo!

—¡Viva! —corearon los demás.

Con los hermanos Pueyrredón

Esa misma noche, parte del ejército se reunió a celebrar el triunfo sobre los ingleses. Santiago de Liniers saludó a Martín con entusiasmo.

—¡Tomar un barco a caballo, nada menos! —rio—. Creo que nunca se vio algo semejante, joven. Sus estrategias son tan novedosas como efectivas.

—Gracias, general —respondió Martín—. Cuando los recursos son escasos, la sorpresa es un factor decisivo.

—¿Cuántos años me dijo que tiene?

—Veintiuno, señor —respondió Martín.

Liniers asintió, admirado. Luego dijo:

—Es posible que los ingleses lo intenten de nuevo, debemos estar atentos. Cuento con usted.

Hacía un año que faltaba de casa, y Martín extrañaba a sus padres, a Macacha, tanto como el paisaje y el clima seco del norte. Pero no podía rechazar el pedido de Liniers.

Aprovechó su estadía en Buenos Aires para asistir a las habituales tertulias de la ciudad. Sus ojos negros y encendidos, su tonada salteña y el coraje demostrado en la batalla eran una combinación atractiva para las jóvenes de las familias acomodadas.

Se hizo amigo de Diego y Juan Martín de Pueyrredón, dos hermanos militares que habían liderado la lucha contra los ingleses. Junto a ellos y a otros asistió a reuniones en las que se discutía el despotismo de España y la necesidad de reformar la vida en las colonias. Los ánimos estaban caldeados. Muchos tomaban el ejemplo de la Revolución Francesa. Se hablaba de un documento titulado "Declaración de los Derechos del Hombre". Y aquella palabra, "revolución", sonaba aquí y allá. El rechazo a los ingleses había demostrado la capacidad del pueblo para organizarse y defenderse sin el auxilio de España. Todo aquello entusiasmaba y llenaba de esperanzas a Martín.

En 1807, tal como Liniers lo había previsto, de nuevo las tropas del Imperio británico intentaron invadir Buenos Aires.

Una vez más, la lucha fue sangrienta. Una vez más, la invasión fue rechazada. Y una vez más, Martín Güemes se destacó en la batalla. Su nombre ya era conocido por muchos. Pero los festejos por el triunfo duraron poco para él. Una mañana recibió carta de Macacha: su padre, Gabriel de Güemes Montero, el Tesorero, había muerto.

5 Revolución

Martín obtuvo una licencia del ejército para viajar a Salta. El trayecto de vuelta fue largo, triste, salpicado de recuerdos.

En las semanas que siguieron a su llegada, ayudó a organizar la casa y a poner en orden el testamento del Tesorero.

Macacha llenaba a Martín de preguntas sobre las batallas contra los ingleses y la vida en Buenos Aires. Él le contaba de las tertulias en las que se reunían a conversar, a beber o a bailar, las damas y los caballeros de las familias ricas. Le describió el mercado de la Plaza Mayor. Allí se mezclaban pobres y ricos, libres y esclavos, y se vendían mercaderías de todo tipo: fruta, pan, pescado, dulces, vino, tejidos. También

le contó sobre Martina Céspedes, una mujer que tenía un local de venta de bebidas. De noche, los soldados ingleses iban ahí a buscar alcohol. Ella los hacía pasar de a uno. Adentro, armadas, esperaban las dos hijas de Martina. Entre las tres los ataban y los encerraban en una habitación.

—Así capturaron a unos cuantos —contó Martín, sonriendo—. ¿Qué te parece? Martina recibió el grado de sargento mayor.

—Admirable. Me hubiera gustado participar. Claro que ahora no podría... —dijo Macacha, enigmática.

Martín la miró sin entender y Macacha se acarició ligeramente la panza.

—¿En serio...? —preguntó él—. ¿Hace cuánto...?

—Tres meses.

Martín, feliz, abrazó a Macacha. Durante su ausencia, ella se había casado con Román Tejeda, un hombre que a Martín no le caía muy bien, porque se rumoreaba que hacía negocios con los hacendados esclavistas. Pero el embarazo lo llenaba de alegría.

Martín permaneció en Salta. Mientras los años pasaban, recorría el territorio y escuchaba las necesidades y exigencias de sus pobladores. Sobre todo, de los que vivían en los montes

y selvas del lado oriental de la provincia, un lugar impenetrable para los españoles.

Una mañana helada de junio, muy temprano, lo despertó la voz de su hermana. A pesar de haberse casado, ella continuaba visitando la casa paterna casi todos los días.

—¡Martín! ¡Martín!

Macacha entró a su habitación corriendo, agitada.

—¡Arriba, hermano! ¡Estalló la revolución en Buenos Aires!

—¿Qué? —él se incorporó en la cama, medio dormido—. ¿Estás hablando en serio?

—¡Más que nunca!

La noticia acababa de llegar a Salta. El 25 de mayo de 1810, un grupo de vecinos reunidos en el Cabildo de Buenos Aires había destituido al virrey Cisneros. Después de varios días de discusiones, hombres como Mariano Moreno, Juan José Castelli, Manuel Belgrano y Cornelio Saavedra, entre otros, habían decidido formar una Junta provisoria de gobierno.

Los hermanos se abrazaron.

—Por fin. Es un gran día —dijo Martín.

—¡El primero de muchos por venir! —respondió ella—. Tomá, te mandan esto —Macacha le entregó un sobre—. Voy a ayudar con el desayuno.

Era una carta de Juan Martín de Pueyrredón. Cuando su hermana lo dejó solo, él la abrió y se sentó en la cama a leerla.

Su amigo lo ponía al tanto de los sucesos de Buenos Aires. Le explicaba que había que disponerse a pelear por la causa. Los realistas no iban a resignarse a perder su dominio en América. Dado el poder militar que tenían en el Alto Perú, era de esperar que el norte se transformara en un escenario de luchas.

Pueyrredón le encomendaba formar un batallón y estar listo para actuar. Debía informar sobre cualquier movimiento de los "godos", como llamaban a los españoles. Y en especial, interrumpir la comunicación entre el Alto Perú y la provincia de Córdoba, que se había pronunciado en contra de la revolución.

Martín dejó la carta, emocionado, y miró el amanecer por la ventana. Los desafíos lo estimulaban como ninguna otra cosa. Mucho más cuando estaba en juego el futuro de aquellas tierras queridas, sus hombres y mujeres.

—El desayuno está listo —dijo Macacha asomada a la puerta de la habitación—. ¿Y? ¿Qué noticias?

—Lo que te prometí, hermanita. Voy a ser jefe.

—Estás muy serio, así que te creo —dijo ella, sonriendo—. Me alegra mucho. Nunca lo dudé.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventana.

—Ahora me falta reunir un ejército.

Los gauchos de Córdoba

Martín pasó el resto de la noche pensando. Por la tarde cuando se levantó, uno de los hijos de la familia

Regoció de verlo al Tigre del arado a caballo, empujando el yunque. Lo saludó y le dio la mano. Cuando terminó con los saludos, el gaucho se acercó al oído, sonriendo.

—Don Martín! ¿Que quiere verlo por algo?

—Tomar algo con gusto, Tigre? ¿Fue algo que me pidieron?

—Tengo claro, fíjate a qué. Fui hasta la casa y vi a los chicos. En la cocina, entre uno y otro. Me dijeron que lo que necesitaba y lo que necesitaba hombres dispuestos a pelear.

Los gauchos de Güemes

Martín pasó el resto de la mañana solo, pensando. Por la tarde ensilló su zaino y se fue a una de las fincas de la familia.

Reconoció de lejos al Tigre Gil. Andaba a caballo, arreando el ganado. Lo saludó a la distancia. Cuando terminó con los animales, el gaucho se acercó al trote, sonriente.

—¡Don Martín! ¡Qué gusto verlo por aquí!
—saludó.

—¿Tomamos unos mates, Tigre? Tenemos que conversar.

—Pero claro, faltaba más.

Fueron hasta la casa y ataron los caballos. En la cocina, entre mate y mate, Martín lo puso al tanto de lo que pasaba y de lo que necesitaba: hombres dispuestos a pelear.

El Tigre se quedó pensativo. No era una persona de muchas palabras. Ningún gaucho lo era, y Martín estaba acostumbrado a esas charlas marcadas por silencios largos.

—Usted sabe lo que sufre el poverío por causa de esos desgraciados —dijo al fin el Tigre—. Si es para echarlos de una buena vez, cuente conmigo y con dos o tres hombres de mi confianza.

—¡Así se habla! —sonrió Martín, estrechando la mano fuerte del gaucho.

Esa misma tarde, y el día siguiente y el otro, Martín fue de hacienda en hacienda, de rancho en rancho, para reclutar más hombres. En todas partes era bien recibido. A pesar de pertenecer a una familia acomodada, él, su hermana y su madre siempre habían estado en contacto con los más pobres, atendiendo en lo que podían a sus necesidades.

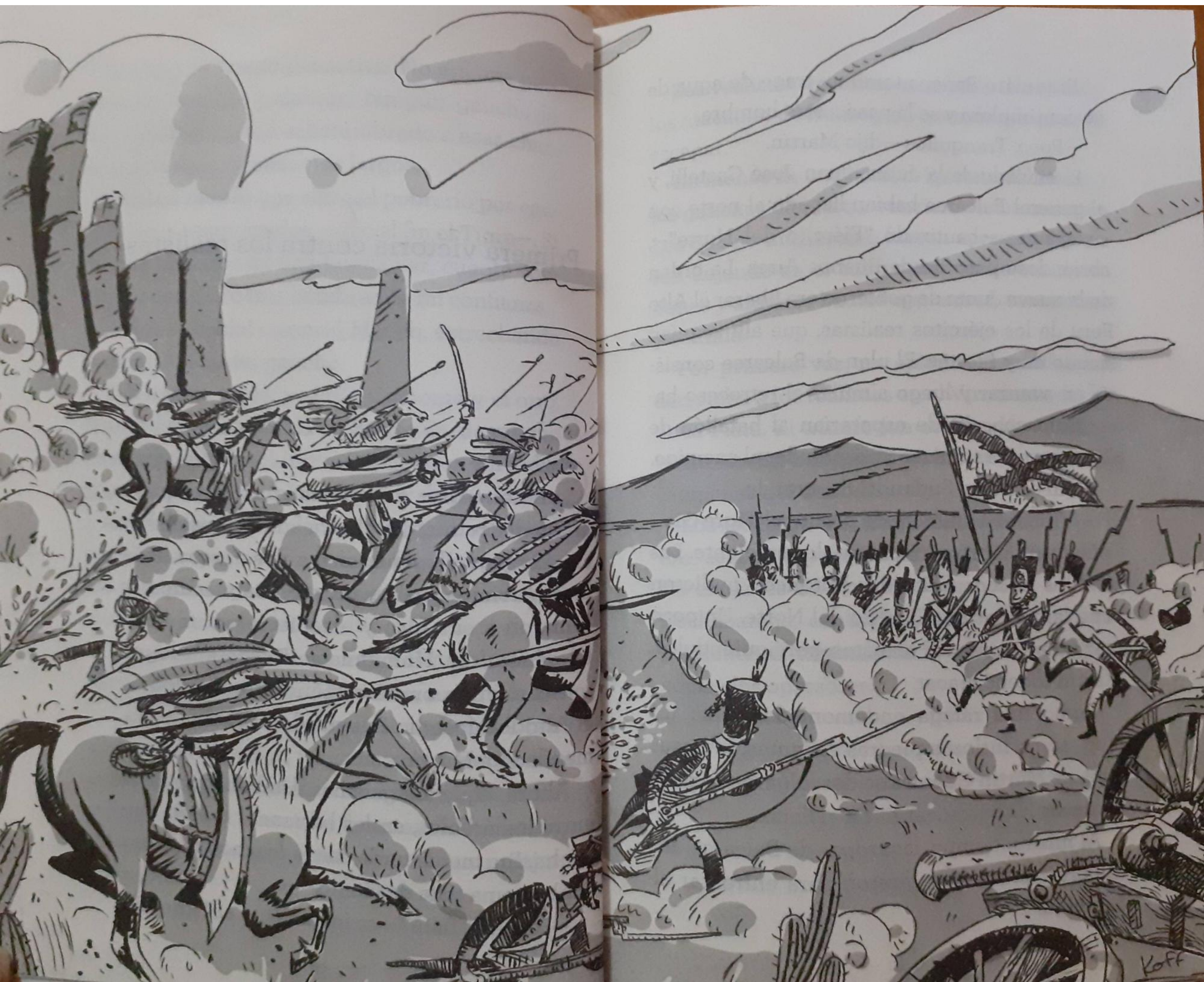
En un par de semanas logró armar un pelotón. Eran apenas treinta gauchos, sin uniforme ni mucho más que facones, lazos y boleadoras. Tenían, sin embargo, un arma más potente. Un arma que habían afilado en silencio, durante mucho tiempo: la certeza de estar defendiendo una causa justa y el deseo de un futuro mejor para todos.

Primera victoria contra los realistas

Con el correr de las semanas, el pequeño grupo de treinta gauchos a sus órdenes había crecido y ya llegaban a los doscientos hombres. Arrieros, baqueanos y hasta indios se sumaron a sus filas y establecieron un cuartel general en Humahuaca. Desde allí lograron cortar la comunicación entre Córdoba y el Alto Perú, como Pueyrredón le había encomendado a Martín.

Ahora, aquellos gauchos estaban apostados entre los árboles, en las barrancas del río Sui-pacha. Era media tarde, hacía mucho calor y no soplaba una gota de viento.

—¿Cuánto falta? —se impacientó el Tigre Gil.



El Mulato Panana tomó un trago de agua de su cantimplora y se la pasó a otro hombre.

—Poco. Tranquilos —dijo Martín.

El enviado de la Junta, Juan José Castelli, y el general Balcarce habían llegado al norte con su ejército —bautizado “Ejército del Norte”—, abriéndose paso desde Buenos Aires. La orden de la nueva Junta de gobierno era liberar el Alto Perú de los ejércitos realistas, que allí seguían siendo muy fuertes. El plan de Balcarce consistía en avanzar y luego simular el retroceso hacia Suipacha, donde esperarían al batallón de Güemes, para sumarse y sorprender al enemigo.

Y allí estaban. Sudando. Esperando.

—¡Vienen! —anunció de pronto el Tigre Gil.

La tierra vibró con un temblor creciente. Los caballos se encabritaron. Entonces pudieron ver a las tropas del Ejército del Norte. Un poco más atrás venían los realistas, persiguiéndolos. Martín ordenó atacar.

Como una ráfaga endemoniada, como un alud, como furiosas piedras rodantes, los gauchos de Martín Güemes se descolgaron a caballo desde las barrancas hacia el llano.

Al mismo tiempo, las tropas de Balcarce detuvieron su huida y giraron para enfrentar al enemigo.

Los realistas entraron en pánico. De pronto los atacaban de frente y de costado. No podían escapar.

En menos de una hora, el Ejército del Norte y los gauchos de Martín vencieron a los realistas. Los que no murieron o fueron apresados huyeron dejando en el campo de batalla cuatro cañones y algunos baúles con armas, municiones y comida.

Por primera vez, un ejército revolucionario derrotaba a los realistas en el Virreinato del Río de la Plata. El triunfo fue celebrado en todo el territorio. En Buenos Aires hicieron repicar las campanas del Cabildo.

Los sucesos de Suipacha, además, tuvieron ecos inesperados en todo el Alto Perú: las ciudades de Potosí, Chuquisaca, La Paz y Cochabamba, contagiadas por el fervor independentista, también se levantaron en armas contra los opresores.

Contratiempos

Ya habían pasado varias semanas desde la batalla de Suipacha.

—Es inaudito —Macacha sacudió la cabeza, indignada, mientras le daba de comer a su hijita Eulogia—. Sin vos y tus gauchos jamás hubieran podido ganar. ¿Cómo es que ni siquiera te mencionan en el parte de guerra?

—Ojalá fuera ese el problema, hermanita —dijo Martín—. Lo que importa es la causa, no mi nombre.

Estaban en el comedor de la casa. Magdalena, la madre de los hermanos Güemes, también estaba allí. Cebaba mate.

—¿Y cuál es el problema? —le preguntó Magdalena a su hijo.

—Que ya perdimos demasiado tiempo. Es muy importante avanzar ahora, seguir atacando —dijo Martín—. Los godos están desmoralizados, es el momento de echarlos de una vez. Se lo he dicho a Balcarce, pero en Buenos Aires lo ven de otra manera, a pesar de que fui bastante insistente y enfático.

Macacha soltó una carcajada.

—¡Me imagino! —dijo—. Ahora entiendo que no te mencionen. A mí tampoco me gustaría que un salteño de veinticinco años viniera a darme órdenes.

—Callate, vos —dijo Martín, sonriendo.

—¿Pero por qué no quieren avanzar? —preguntó la madre.

—Son órdenes de la Junta Grande, a la que le interesan más Buenos Aires y el puerto que el interior. Están preocupados por los realistas en otros frentes. No conocen esta zona ni a los matorrangos⁶ tanto como nosotros. Aquí hay que actuar antes de que se rearmen.

—Tal vez ya no les importe el norte, Martín —sugirió Macacha.

—Puede ser. Pero a mí sí. Además, no se trata

6. Personas con poca habilidad para montar un caballo. Los gauchos llamaban así a los españoles porque los consideraban malos jinetes.

solo de norte o sur, sino de la revolución en toda América, ¿verdad, Eulogia? —dijo él, acariciando con una mano el pelo de su sobrina.

Unos meses después de aquella mañana se cumplieron las previsiones de Martín. El ejército realista recibió nuevos hombres y armas, y al mando de José Manuel Goyeneche, los españoles derrotaron a Balcarce en la batalla de Huaqui.

Las consecuencias fueron graves. En poco tiempo, los movimientos de independencia iniciados en ciudades del Alto Perú fueron sofocados. Los realistas consideraban aliarse con sectores opuestos a la revolución y avanzar sobre Jujuy y Salta, de allí hacia Tucumán, para seguir tal vez hacia Buenos Aires.

La Junta de gobierno removió entonces a Balcarce y puso al frente del Ejército del Norte a Manuel Belgrano.

Martín y sus hombres no habían sido convocados a luchar en Huaqui. Los generales porteños desconfiaban de ese joven impertinente con ideas propias sobre la revolución, y con un creciente ejército de pobres a caballo. Para tenerlo controlado, lo citaron en Buenos Aires, con la excusa de que era allí donde lo necesitaban.

Un encuentro decisivo

Querido hermano:

Espero que te encuentres bien y que esta carta llegue a tus manos sin que sea interceptada por los realistas.

Si es así y estás leyendo, dejame contarte cuánto te extrañamos en todos estos meses. En primer lugar, tu familia. Pero también el resto de los salteños que luchamos contra los maturrangos, como te gusta llamarlos. Ya te habrás enterado de que, después de los triunfos de Tucumán y Salta, Manuel Belgrano intentó avanzar hacia el norte y fue vencido en Vilcapugio y en Ayohuma. Un desastre. Más de seiscientos muertos y mil heridos. Ahora, lo que queda del ejército retrocede hacia Tucumán. Salta va a ser ocupada por los realistas. Ya han avanzado

sobre Jujuy. Algunos hacendados queman sus cosechas, arrean el ganado, se llevan todo lo que pueda ser útil al enemigo. Es muy triste.

¿Qué estás haciendo en Buenos Aires, tan lejos? ¿De verdad te necesitan allí, o es un capricho de esos revolucionarios de escritorio, que nada saben de nuestras miserias? Ya me gustaría estar ahí y decirles algunas cosas... ¡Como si fueran a escuchar a una mujer!

Contame algo que me anime.

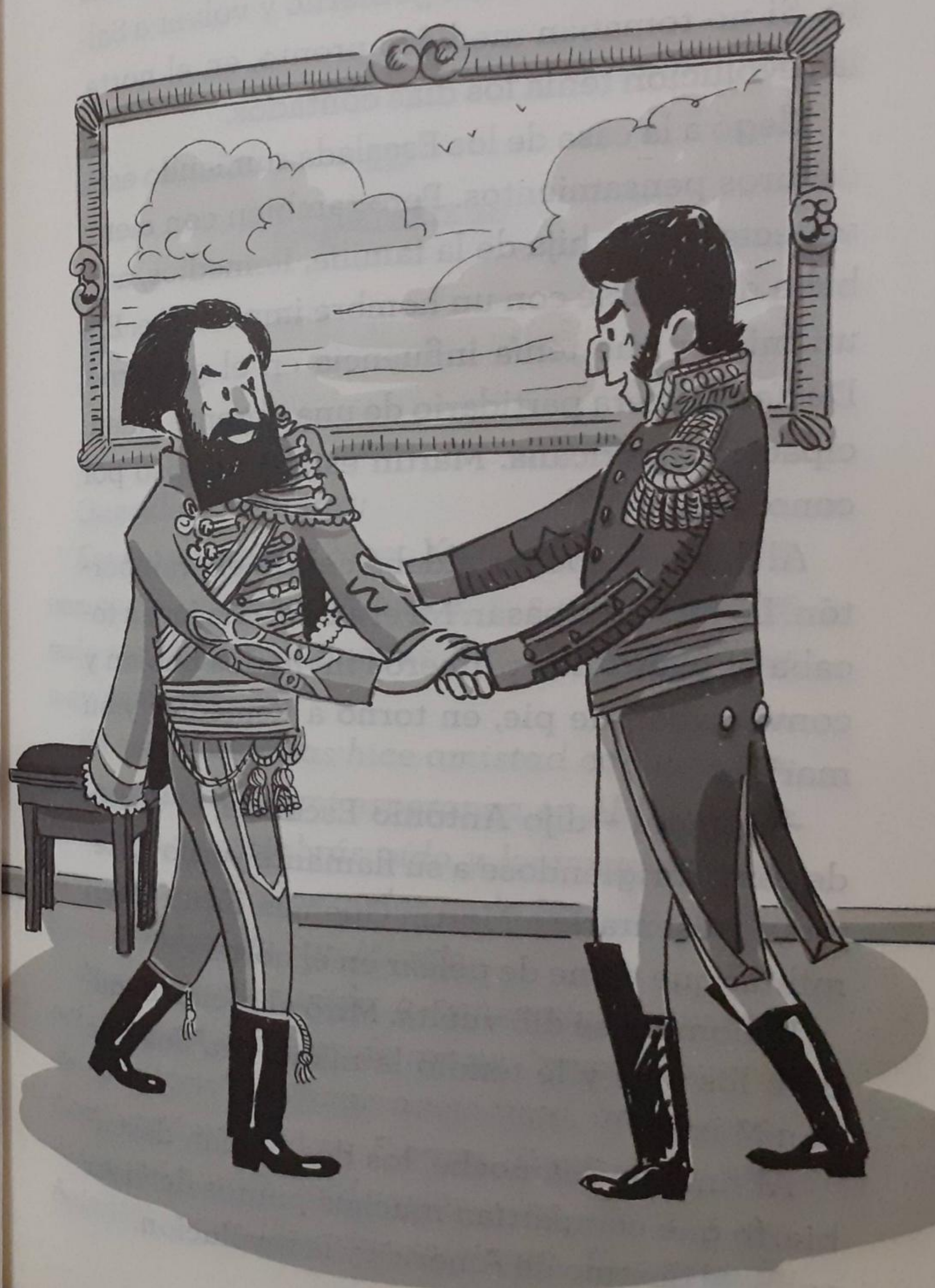
Rezo por volver a verte pronto, porque aquí las cosas van de mal en peor.

Muchos saludos de mamá, de tu sobrina Eulogia y en especial de tu hermana que tanto te quiere,

Macacha

Martín dejó la carta con pesadumbre, tratando de controlar su enojo y su frustración. Terminó de cambiarse y salió. Desde su llegada, se alojaba en casa de parientes. Esa noche estaba invitado a cenar en lo de otros parientes lejanos, los Escalada, una prestigiosa familia porteña.

Estaba cerca y decidió ir a pie, para serenarse. Era una noche apacible y húmeda. Las velas ya estaban encendidas en los faroles callejeros.



En el camino, fue evaluando la posibilidad de desafiar las órdenes del gobierno y volver a Salta. Si no tomaban medidas pronto, en el norte, la revolución tenía los días contados.

Llegó a la casa de los Escalada rumiando esos oscuros pensamientos. Pero también con cierta expectativa: la hija de la familia, Remedios, acababa de casarse con un hombre importante. Era un militar que tenía influencia en el gobierno. Decían que era partidario de una urgente emancipación americana. Martín estaba ansioso por conocerlo.

Al llegar golpeó la aldaba contra el gran portón. Lo hicieron pasar. En el salón, una joven tocaba el piano. Los primeros invitados bebían y conversaban de pie, en torno a Remedios y su marido.

—General —dijo Antonio Escalada, el dueño de casa, dirigiéndose a su flamante yerno—, déjeme presentarle a Martín Güemes. Es un joven militar que viene de pelear en el norte.

El hombre se dio vuelta. Miró al recién llegado a los ojos y le tendió la mano. Era José de San Martín.

Al final de esa noche, los dos habían descubierto que compartían muchos puntos de vista sobre el destino de América y la revolución.

10 Esperanzas

Querida hermanita:

Espero que estés bien. Yo te extraño tanto a vos como al clima de Salta, sus cielos, el aire más seco y limpio. Buenos Aires no hace honor a su nombre.

En estas semanas hice amistad con un hombre que alimenta mi esperanza en el futuro de la revolución. Habrás oído y leído su nombre, porque venció a los godos en la batalla de San Lorenzo: José de San Martín.

Nos hemos reunido a conversar en varias ocasiones. Está lejos de ser un "revolucionario de escritorio". Aunque nació aquí, hasta hace poco vivió y peleó en Europa. Tiene ideas claras y, me parece, la decisión y las alianzas suficientes para llevarlas adelante. Él entiende

perfectamente la importancia de custodiar el norte y la amenaza que significa abandonarlo a su suerte. Sabe que hace falta avanzar sobre el Alto Perú.

Pero lo mejor es que ha logrado hacerse oír en el gobierno. Acaban de designarlo para que se ocupe del maltrecho Ejército del Norte, y me ha nombrado jefe de vanguardia. Manuel Belgrano lo espera para pasarle el mando. En unos días partiremos juntos hacia allá, así que pronto volveré a estar con ustedes. Más te vale que vayas preparando un rico loco.

¡Cuento con vos para echar a patadas a los maturrangos!

Tu hermano que te extraña,

Martín

Regreso a Salta

En Salta el panorama era desolador. Al mando de Joaquín de la Pezuela, los godos habían ocupado la ciudad y sus inmediaciones. Robaban, saqueaban, destruían, se quedaban con casas, campos y todo lo que querían. Si alguien se resistía, lo mataban, sin importar el color de su piel, su sexo o su edad.

—Te aseguro que nadie ha olvidado tu nombre —le dijo Macacha a su hermano.

Martín había llegado el día anterior. Ahora, los dos conversaban bajo el cebil y junto al arroyo al que iban desde chicos. Mientras tanto, José de San Martín estaba en Tucumán para rearmar el diezmado Ejército del Norte.

—A lo largo de la provincia hay muchos dispuestos a pelear —siguió Macacha—. Solo tenés que ponerte al frente y organizarlos. Y sabé que las mujeres estamos dispuestas a luchar también. Acordate de lo que me prometiste hace unos años.

Se quedaron en silencio, mirando el cielo muy azul, sin una nube. A lo lejos, cuatro o cinco chimangos volaban en círculos, tal vez rondando el cadáver de un animal o de un soldado.

—Te queda bien esa barba, pero pincha —dijo Macacha, tironeándole los pelos—. Me va a resultar difícil conseguirte candidata.

—¡Sacá esa mano, che! —respondió él—. Te agradezco la intención. Pero ahora mismo tengo otras preocupaciones. Necesito rearmar mi ejército.

—También necesitás una esposa, en vez de tanta noviecita de ocasión.

—¡Qué sabrás vos de mis noviecitas!

Esa noche, Martín durmió poco y mal. ¿Cómo harían para echar a los maturrangos de la provincia, para evitar que siguieran ganando terreno? Los realistas contaban con armas y municiones y estaban bien alimentados. En cambio los suyos, en su mayoría, eran gauchos pobres y mal armados. José de San Martín se

había comprometido a conseguir que el gobierno le entregara recursos. Pero él también debía lidiar con sus filas empobrecidas.

Entre sueños y pensamientos, se acordó de su infancia y de los juegos en el monte, cuando Macacha lo buscaba y él se escondía para asustarla. Repasó la victoria en Suipacha, la primera vez que habían repelido la invasión del norte. Entonces tuvo una idea.

Al amanecer fue a ver al Tigre Gil y al Mulato Panana. Se alegró de encontrarlos ansiosos por tomar nuevamente las armas contra los realistas. Con ellos se ocupó de volver a convocar a los hombres que años atrás habían peleado juntos. Esta vez, la adhesión a la causa fue mucho más numerosa y espontánea.

Luis Burela, Pablo Latorre, José "Pachi" Gorriti, Pedro José Zavala, Apolinario Saravia: a estos y otros hombres, Martín les encargó formar milicias de veinte o treinta personas. Ellos iban a dirigirlas, pero siempre reportarían a él, a Martín. La idea era que se distribuyeran a lo largo de la provincia para llevar adelante la guerra de recursos, o guerra de guerrillas. Algo similar a lo que Martín había hecho unos años antes, pero en forma más numerosa y organizada. Se trataba de realizar ataques sorpresivos, de día o de

noche, a la vez feroces y fugaces, y retirarse antes de que el enemigo lograra organizarse. Las embestidas debían repetirse, a veces en un mismo día, de modo de acosar, diezmar y asustar a los realistas.

Otra de las estrategias sería cortarles el acceso a los alimentos. Apropiarse del ganado, arrearlo y consumir los cultivos, para empobrecer y agotar al invasor.

Martín estableció un cuartel con sus hombres al sureste de la provincia, cerca del río Pasaje.

Su guerra de guerrillas había comenzado.

12

La guerra de recursos

Eran diez hombres. Se acercaron con cautela al gaucha despatarrado bajo el sol, en un desfiladero. Tenía sangre en la ropa. Cuando el jefe de los godos se inclinó sobre el cuerpo para quitarle lo que tuviera de valor, el gaucha se incorporó y le hundió un facón en el abdomen. El godo gritó. Al instante aparecieron como de la nada otros gauchos a caballo, aullando y revolviendo machetes. Rodearon al resto del aterrado pelotón y los tomaron prisioneros.

Escenas parecidas se sucedían una y otra vez en toda la región. Cada vez que un grupo realista se alejaba de la ciudad en busca de ganado para comer, un puñado de gauchos los sorprendía, sin darles tiempo a reaccionar. Golpeaban

y huían. Conocían tan bien su tierra, que sabían perfectamente dónde y cómo ocultarse; dónde era preferible cercar al enemigo.

En quebradas, valles, bosques y desfiladeros, los realistas eran emboscados una y otra vez, de día y de noche. Los gauchos parecían salir de abajo de las piedras, con sus ponchos rojos ondeando al viento, sus tacuaras y sus piernas protegidas por guardamontes⁷, sus cuerpos flacos, nudosos como las ramas de un árbol.

Además, Martín había incorporado a su hermana para que llevara a cabo una tarea fundamental: el espionaje. Ella hacía las veces de "bombero", como llamaban a las espías.

Macacha sumó a mujeres y hombres a sus labores. Llevaban y traían información sobre los planes y movimientos realistas, cosas que escuchaban en casa de funcionarios españoles. A veces lo hacían mediante papelitos que escondían entre sus ropas o dejaban en algún árbol, donde después lo recogía un gaucho de las milicias. Eran esclavas, sirvientas, peones, comerciantes, hilanderas, arrieros. Pero también mujeres casadas con oficiales o funcionarios con tendencias

7. Piezas de cuero que cuelgan de la parte delantera de la montura y protegen las piernas del jinete de las malezas del monte.

realistas que, secretamente, apoyaban la revolución. También participaban niños y niñas. Y algunos curas, que desde los campanarios de sus parroquias daban aviso cuando divisaban una patrulla realista a la distancia.

A veces los españoles capturaban a alguna espía, como ocurrió la tarde en que interceptaron a la joven Juana Moro. Entre sus ropas llevaba un mensaje para un jefe de las milicias gauchas. Joaquín de la Pezuela ordenó que encerraran a la mujer en una habitación de su propia casa y la tapiaran, para que muriera de hambre y sed. Pero esa noche, los vecinos abrieron un boquete en la pared y Juana pudo escapar. Siguió sirviendo a la revolución, disfrazándose de coya para recorrer valles y quebradas y detectar las posiciones enemigas.

Poco a poco, el asedio ideado por Martín y sus milicias fue agotando las fuerzas de De la Pezuela. El hambre se hizo sentir entre las tropas realistas, causando enfermedades y desertiones. Aunque el vecindario pudiente de Salta que apoyaba a la Corona española utilizaba sus reservas para alimentar a los oficiales, el grueso de la tropa se sentía hambriento y desmoralizado.

A fines de 1814, los invasores no aguantaron más. Tras perder una batalla decisiva en el

Tuscal de Velarde, iniciaron la retirada de Salta y Jujuy hacia el norte. Fueron perseguidos hasta La Quiaca. Escaparon dejando fusiles, bayonetas, herraduras y municiones muy necesarias para las filas de Martín.

Fue un triunfo heroico. Uno de los primeros de la larga Guerra Gaucha que estaba por venir.

13

El Puesto del Marqués

Avanzaban por el monte en completo silencio. Oscuras siluetas erguidas sobre oscuras siluetas móviles. La luna, casi llena, se ocultaba entre nubarrones bajos. Solo se oían los cascos de los caballos y de los burros contra la tierra.

Al llegar al borde de un risco, Martín alzó un brazo. Detuvo su caballo. Todos los que venían detrás se detuvieron también.

Abajo, a lo lejos, se distinguía la luz de una fogata. Era el Puesto del Marqués, una hacienda grande donde estaba reunido un batallón del ejército realista. Al menos doscientos hombres. La mayoría, dormidos. Solo dos o tres de guardia, cerca del fuego.

Martín y sus gauchos esperaron. Algunos afilaban sus cuchillos. Otros hacían circular cantimploras con alcohol para darse calor y encender el ánimo. Cuando el negro del cielo empezó a lavarse, el líder dio la orden.

Bajaron como solían hacerlo: aullando, con las tacuaras en alto. Uno de los realistas que hacía la guardia dio la alarma, pero ellos ya estaban encima. Los machetes silbaban en el aire. Dispararon, enlazaron, hundieron chuzas y facones en la carne de sus enemigos.

Al despuntar el día, el canto de los pájaros se mezclaba con lamentos agónicos. El resultado había sido sangriento. Ciento nueve realistas habían muerto y otros tantos habían resultado heridos. Entre los gauchos no había habido bajas. Apenas dos heridos.

De regreso a Salta, Martín y sus hombres fueron recibidos con enorme algarabía. La gente los aclamaba por las calles.

Unos días más tarde ocurrió algo inédito. Por primera vez, un gobernador fue elegido en un cabildo abierto por voluntad popular y no por Buenos Aires. Era Martín Güemes.

14 Carmen

Las parejas iban y venían al ritmo de un minué. Martín observaba. Ya había bailado. Ahora se aburría. No le gustaba mezclarse con la gente decente. Sabía que entre ellos había muchos simpatizantes realistas, comerciantes adinerados y terratenientes que despreciaban y explotaban a los gauchos. Hipócritas que lo saludaban con cortesía porque estaban obligados a respetar al gobernador, pero que lo traicionarían en cuanto tuviesen oportunidad. La independencia les importaba mucho menos que sus bolsillos.

Martín se preguntó por qué su hermana insistía en hacerlo participar de esas cosas. De todas maneras, confiaba en ella. En muchos

aspectos, Macacha era más hábil que él para la política. Menos temperamental, más diplomática. Sabía negociar cuando hacía falta, sin poner jamás en juego el honor.

Aquella noche, ella había insistido particularmente en que fuera a la reunión. Martín entendió el motivo cuando vio que Macacha se acercaba acompañada.

—Hermano, quiero presentarte a Carmen —dijo—. Es la hija de Domingo Puch.

Era una chica de una belleza intensa y poco frecuente. Delicada, de ojos azules grandes y vivos, y pelo claro, abundante y enrulado.

Martín se quedó sin palabras. Macacha contrajo una sonrisa. La alegró ver a su hermano, siempre tan seguro de sí mismo, un poco turbado. Había elegido bien.

Él atinó a besar la mano de la joven. Cuando volvió a sonar la música, bailaron.

Se casaron apenas unas semanas más tarde. Martín tenía treinta años; Carmen, dieciocho. A diferencia de los matrimonios arreglados por conveniencia financiera de las familias de clase alta, aquel fue un casamiento por amor. Él había quedado flechado por ella desde el primer momento. Y ella, que ya lo admiraba, se enamoró perdidamente de un hombre que parecía

un príncipe de cuento: noble, valiente, bello. Y además, gobernador.

Aunque Martín amaba su tierra y a su gente, y luchar por ella, por primera vez en mucho tiempo pudo experimentar otro tipo de amor y tomar distancia de las preocupaciones de la guerra.

Sin embargo, la paz que le daba su idilio no duraría mucho. Eran años demasiado convulsionados. Las noticias que llegaban eran malas. Los realistas se habían vuelto a organizar y planeaban una nueva invasión a la provincia.

15
Los Infernales

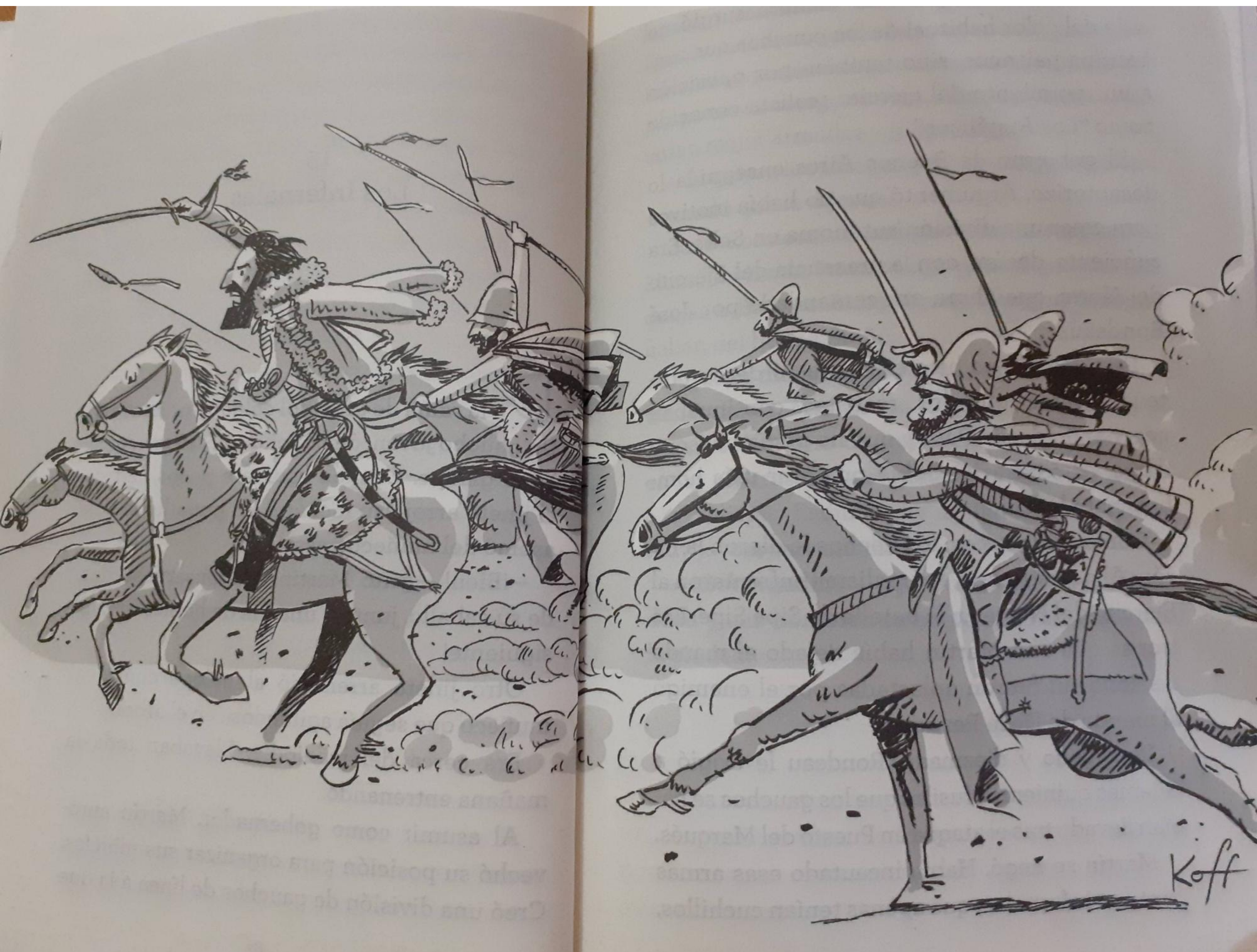
De la rama de un árbol colgaba un muñeco. Un gaucho joven, de poncho rojo, se le acercaba al galope. Cuando estuvo a pocos metros, el jinete arrojó su tacuara. Un puñado de paja asomó del muñeco ensartado.

—¡Bien! —gritó Martín, que observaba desde su caballo, junto a una fila de hombres—. ¡El siguiente!

Otro jinete arremetió al galope contra el muñeco que seguía agitándose en el árbol.

Era cerca del mediodía. Llevaban toda la mañana entrenando.

Al asumir como gobernador, Martín aprovechó su posición para organizar sus milicias. Creó una división de gauchos de línea a la que



llamó "Los Infernales". El nombre surgió no solo del color habitual de los ponchos que usaban los paisanos, sino también por oposición a un regimiento del ejército realista conocido como "Los Angélicos".

El gobierno de Buenos Aires enseguida lo desautorizó. Argumentó que no había motivos para crear una división autónoma en Salta. Era suficiente, decían, con la presencia del Ejército del Norte, que ahora era comandado por José Rondeau.

Pero Martín no hizo caso a las órdenes porteñas. Sabía que los realistas continuaban acechando desde Perú y que no podían descuidarse. Al contrario. Debía preparar más hombres para la lucha.

Como otras veces, los hechos le dieron la razón. Al poco tiempo, los realistas enfrentaron al Ejército del Norte en la batalla de Sipe Sipe. Las tropas que San Martín había dejado al mando de Rondeau fueron aplastadas por el enemigo al mando de De la Pezuela.

Replegado y diezmado, Rondeau le exigió a Güemes quinientos fusiles que los gauchos se habían llevado tras el ataque en Puesto del Marqués.

Martín se negó. Había incautado esas armas para sus Infernales, que apenas tenían cuchillos,

lanzas y machetes. Además, los soldados del Ejército del Norte cobraban un sueldo, pero Los Infernales jamás habían cobrado una moneda por poner en riesgo su vida. Ahora, al menos, estarían mejor armados y preparados.

—Si quiere los fusiles, que los venga a buscar —mandó que le dijeran.

José Rondeau se indignó con la respuesta. Llamó a Martín "traidor a la patria" y elevó sus quejas a Buenos Aires, donde siempre desconfiaban del líder salteño.

Aquella mañana, mientras continuaba el entrenamiento, Martín vio llegar a todo galope a Nicanor. Era uno de los "bomberos" apostado en las afueras de la ciudad, para advertir avances realistas. Estaba muy agitado. Era flaquito, muy joven, casi un niño.

—¡Gobernador! —dijo entre jadeos—. ¡Rondeau y sus hombres se acercan! ¡Van a ocupar la ciudad!

El Pacto de los Cerrillos

Por primera vez la amenaza no venía desde el exterior. Como si no fuesen suficientes las invasiones españolas, ahora Martín debía lidiar con compatriotas que pretendían desarmar su ejército.

—Los porteños te tienen miedo y mandan a este Rondeau a disciplinarte —le dijo Macacha—. Al final, ¿para qué quieren la revolución? ¿Para subordinar a las provincias al poder de Buenos Aires?

—Lo que nosotros queremos es nuestra libertad. Y la independencia de todo el territorio. No nos importa lo que quiera Rondeau, ni vamos a asustarnos de su ejército —respondió Martín.

Poco después, los hombres de Rondeau entraron a la ciudad de Salta, y con el correr de los días la tensión con Los Infernales fue en aumento.

Una noche, una figura encapuchada se acercó al cuartel del Ejército del Norte.

—¿Quién vive? —gritó el soldado de guardia, al tiempo que amartillaba su fusil.

Dos perros se pusieron a ladrar. La figura avanzó un paso y se quitó el paño que le cubría la cabeza. Era una mujer.

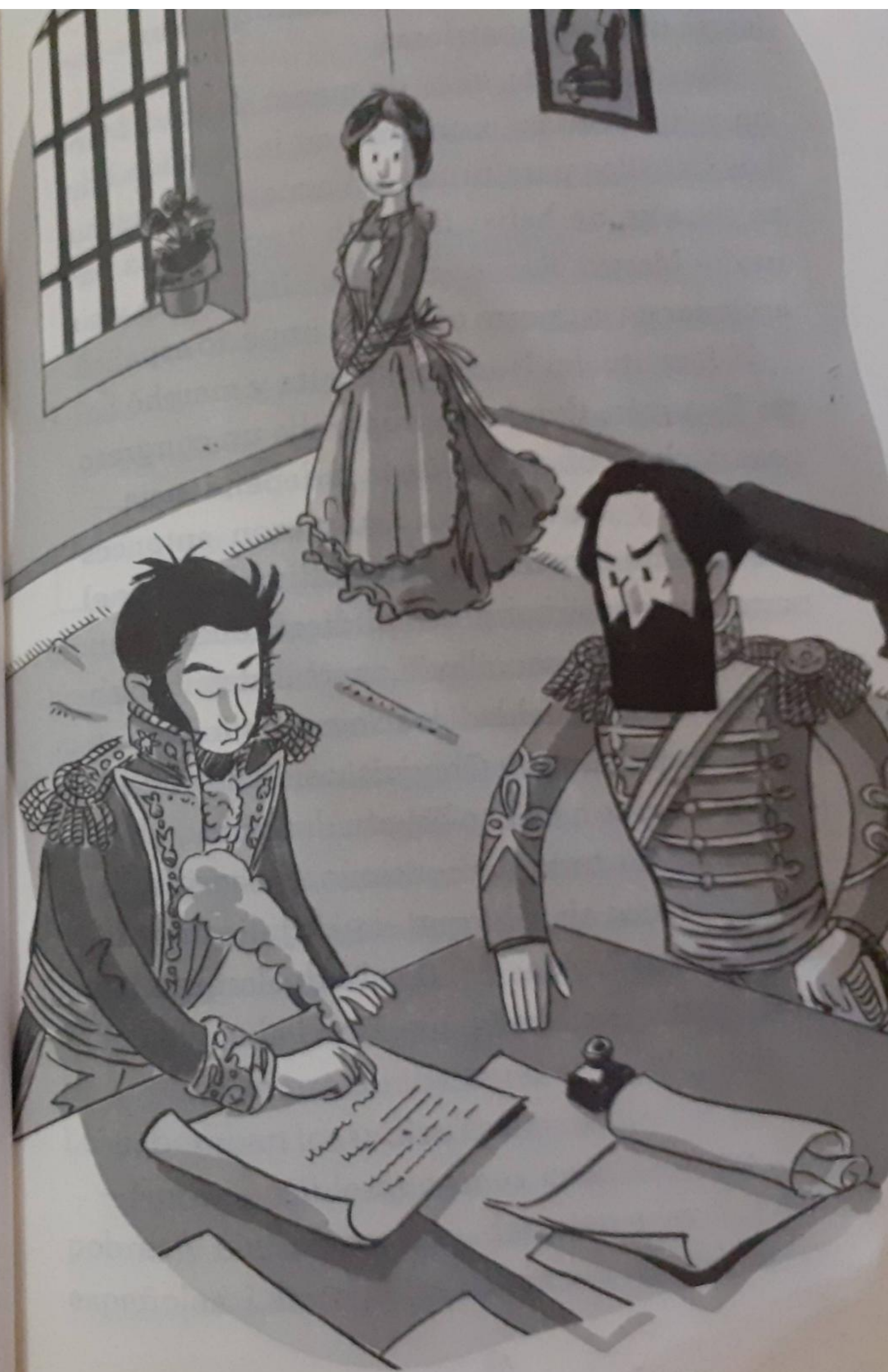
—Vengo a ver al general Rondeau —dijo.

—Volvé por donde viniste —masculló el soldado—. Nadie puede pasar, y menos una mujer.

—Decile a tu jefe que la hermana del gobernador está aquí. Y mejor que cuides tu lengua, porque los perros andan con hambre.

La decidida autoridad de Macacha Güemes hizo dudar al soldado. Entró al cuartel. Cuando reapareció, el hombre le pidió disculpas y la hizo pasar.

José Rondeau y Macacha Güemes conversaron durante más de dos horas. La hermana de Martín logró hacerle ver al porteño que su hermano no tenía intención de desafiar el poder de Buenos Aires. También le hizo notar cuánto habían contribuido sus milicias a la causa de la



independencia. Y lo perjudicial que sería pelearse entre compatriotas.

Días más tarde, el 22 de marzo de 1816, Martín y Rondeau se reunieron en la localidad de Los Cerrillos para firmar un acuerdo. Rondeau se retractó de haber llamado "traidor a la patria" a Martín. Reconocía a Los Infernales y su accionar en la guerra contra el imperio español.

El Ejército del Norte dejó Salta y marchó hacia Tucumán, donde se preparaba un congreso para declarar oficialmente la independencia.

Martín y sus milicias asumieron entonces una tarea de enorme responsabilidad: cuidar el norte para que el congreso pudiera tener lugar.

No era nada sencillo. Los realistas habían aplastado con crueldad los levantamientos en Potosí, Cochabamba y Chuquisaca. Todo el Perú, Chile y Quito se hallaban bajo su dominio.

A pesar de todo, la continua y sacrificada Guerra Gaucha ayudó a que el 9 de julio de 1816 las Provincias Unidas del Sur se declararan independientes de España.

Contra De la Serna

Luego de su triunfo en la batalla de Sipe Sipe, Joaquín de la Pezuela había sido nombrado virrey del Perú. Esa mañana recibió en su despacho a un mariscal recién desembarcado. Su nombre era José de la Serna. Había sido enviado por Fernando VII.

—El rey está molesto —le anunció De la Serna al virrey—. Quiere terminar de una vez por todas con este problema.

Se llevó a la boca uno de los chocolates que De la Pezuela procuraba tener en su despacho. Lo elaboraban los indios esclavizados.

—No es posible que unos cuantos salvajes, pobres y sin instrucción, derroten a las tropas españolas. Las colonias deben ser recuperadas

—sentenció De la Serna—. Esa es la orden que vengo a cumplir.

—Bueno, mariscal... —respondió De la Pezuela—. Es verdad que son salvajes. Pero no hay que subestimarlos. Entre ellos se hacen llamar "gauchos".

—¿Gau qué? —preguntó De la Serna.

El virrey lo puso al tanto de las sucesivas derrotas que había sufrido a manos de Güemes y su guerrilla.

De la Serna soltó una carcajada.

—¡Querido virrey! —dijo con ironía—. Mis dragones y yo venimos de derrotar a las tropas de Napoleón Bonaparte. ¿Le suena ese nombre? ¿Le parece que nos puede asustar un grupo de gau-no-sé-qué?

De la Serna tomó otro chocolate y agregó:

—Iremos bajando desde aquí, y en unos meses invadiremos Buenos Aires. Para mayo, el último foco independentista habrá sido aplastado.

A pesar de la soberbia del recién llegado, De la Pezuela había sufrido en carne propia la derrota ante los gauchos. Sabía muy bien cuáles eran las consecuencias de enfrentarlos. Entonces se le ocurrió algo que hasta el momento no había hecho. Envío una carta a Güemes. Le advertía acerca de la invasión inevitable de la

provincia a manos del mariscal De la Serna, y de las muertes y penurias que el pueblo salteño sufriría. Para evitarlas, le sugería a Martín que abandonara la lucha. A cambio le ofrecía muchos bienes y tranquilidad para su familia.

La carta de respuesta de Martín le llegó enseguida. Decía:

¿Por quién me ha tomado? No quiero favores para mí en perjuicio de mi país. Seremos libres, a pesar de ustedes y del mundo entero. No tengo más que gauchos honrados y valientes, dispuestos a dar la vida peleando contra los tiranos que quieren esclavizarlos. Ellos y yo los esperamos aquí. A usted y a cuantos quieran mandar desde España.

Pero ya avisado de la nueva invasión, Martín se dedicó a reorganizar y entrenar a sus milicias, aumentadas por campesinos y ciudadanos. Algunos de esos grupos llevaban el nombre de sus jefes o de los lugares donde vivían, como los Gauchos de Orán, los Gauchos de Gorriti o el Escuadrón de Zavala.

Todos ellos se distribuyeron de modo estratégico a lo largo del territorio de Salta y Jujuy.

Unos meses después, De la Serna inició el ataque. Disponía de más de cinco mil hombres

y del apoyo de Pedro Antonio Olañeta, un realista de Jujuy que conocía a la familia Güemes.

Fueron meses de batallas muy crueles. Los realistas lograron entrar en Jujuy y después en Salta, causando muerte, incendios y desolación. Sin embargo, no pudieron permanecer mucho tiempo. Ante el salvajismo de los invasores, todo el pueblo se levantó en armas y se incorporó a la guerrilla. La táctica era la misma de siempre: ataques furtivos de día y de noche, sin dar descanso al enemigo.

A pesar de que los realistas eran muchos más, la falta de recursos y el miedo debilitaban sus fuerzas. No podían alimentarse, ni hacer pastar a sus caballos, ni descansar en paz.

Además, la eficaz red de espionaje popular anticipaba sus decisiones y movimientos. En cada rincón de la provincia eran acosados y hambreados. La Guerra Gaucha era como el polvo: se colaba por todas partes. Era un dolor sordo y constante, una herida que desangraba la invasión por goteo.

Finalmente, el soberbio De la Serna ordenó la retirada hacia el Perú. Sus filas tuvieron que hacerlo a pie: el hambre era tal, que se habían comido casi todos sus caballos.

El plan continental

Martín montaba al paso. Atrás, abrazada a él, iba Carmen. Su embarazo estaba avanzado.

Era un día luminoso y fresco. Cuando llegaron a orillas del río Pasaje, el hombre los estaba esperando. Martín ayudó a su esposa a bajar del caballo.

—Buenos días —los saludó Manuel Belgrano.

Él y Martín habían intercambiado muchas ideas por correspondencia en esos meses. Belgrano, que había vuelto a hacerse cargo del Ejército del Norte, reconocía y aplaudía la tarea del salteño en favor de la independencia.

—Buenos días —lo saludó Martín—. Ella es Carmen, mi mujer.

Caminaron los tres a la vera del río, mientras Belgrano ponía a Martín al tanto de los planes y las novedades.

Unas horas más tarde, de vuelta en la ciudad, mientras Carmen les cebaba unos mates Martín le detalló el encuentro a Macacha. Junto a Belgrano, llevarían adelante un plan ideado por José de San Martín.

—Se trata de un plan continental —explicó Martín con entusiasmo—. En este momento, el general San Martín va camino a la Cordillera de los Andes.

—¿Va a cruzar la cordillera?

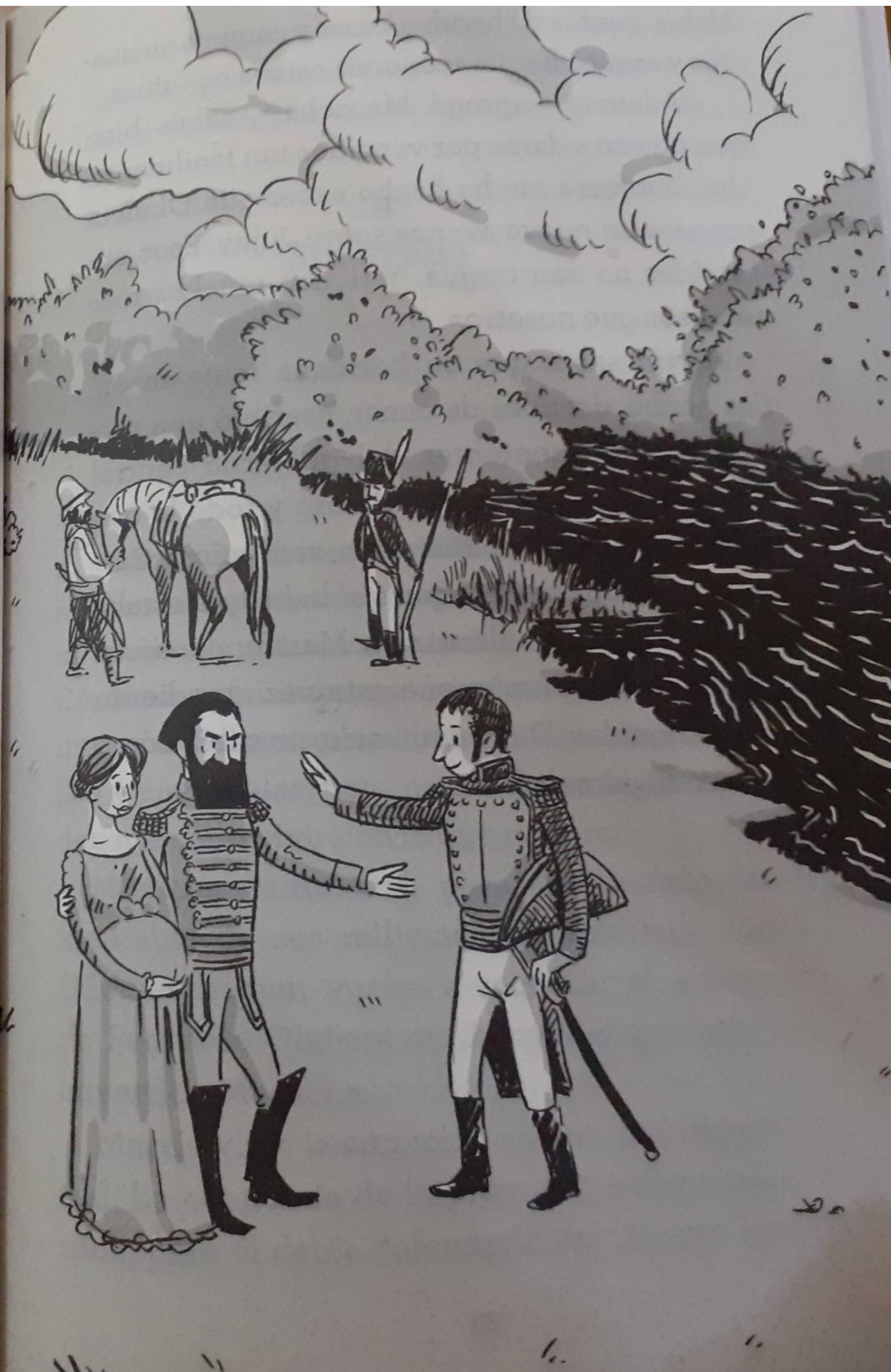
—Sí. El objetivo es liberar Chile y después embarcar hacia Lima. Mientras él da batalla en Perú, nosotros, junto a Belgrano y su ejército, avanzaremos desde Humahuaca. Será un movimiento de pinzas.

—Es un plan ambicioso —dijo Macacha.

—De una vez por todas liberaremos el continente del dominio español, hermanita.

—Celebro el plan, Martín. Pero ¿de dónde vamos a obtener recursos? Necesitamos con urgencia caballos, comida, armas, medicamentos. La provincia está en su peor momento.

Después de la invasión de De la Serna, la provincia había quedado en un estado miserable.



Había cientos de heridos, casas y campos quemados y saqueados. La economía estaba en ruinas.

—Además —agregó Macacha—, sabés bien que no van a darse por vencidos tan fácilmente. Una bombera me ha hecho saber que Olañeta prepara un nuevo avance sobre Jujuy. Esos miserables no dan tregua. Y tienen muchos más recursos que nosotros.

Martín sabía que su hermana tenía razón. Esa noche, después de cenar, escribió una carta a los representantes del gobierno central pidiendo caballos, armas, dinero y todo lo que pudieran facilitarle. Mientras veía cómo Carmen aprontaba la cuna para el bebé que estaba por nacer y al que llamarían Martín, pensó en la situación. Esperaba que esta vez atendieran a sus demandas. De lo contrario, no sabía cómo iban a arreglárselas.

Sin ayuda

Pasaron los meses. El Directorio del gobierno central nunca envió caballos ni municiones ni ayuda alguna a los salteños. Buenos Aires, Córdoba y el Litoral se debatían en conflictos internos. Salta recibió de Mendoza cien caballos y cien mulas, pero no mucho más. El norte debería sobrevivir con lo que tuviera.

Mientras tanto, y a pesar del estado lamentable de sus milicias, Los Infernales de Güemes habían vuelto a rechazar el avance de Pedro de Olañeta en Jujuy, del que había advertido Macacha.

Martín vivía la situación con mucha inquietud. La economía de la provincia estaba hundida, pero él debía defenderla del invasor. Era

eso o abandonar la lucha. Y esto último no era una alternativa. Además, el plan continental de San Martín estaba en marcha y había que sostenerlo.

Entonces tomó una decisión difícil: prohibió el comercio habitual de mulas y otras mercaderías con el Alto Perú. Lo que había en Salta, debía quedar para los salteños; hasta que terminara la guerra, los animales de las granjas y haciendas se usarían para alimentar a las milicias. Y los gauchos dejarían de pagar arrendamiento. Ellos daban su vida por la causa de la independencia sin obtener nada a cambio. Era injusto obligarlos a pagar tributo por la tierra que ocupaban.

Las nuevas medidas escandalizaron a las familias terratenientes. Ya tenían bastante con soportar a esos gauchos ignorantes, como ellos los llamaban, circulando por todas partes, armados, desafiantes. Toda la vida esos hombres habían estado a su servicio. ¿Por qué ahora debían tratarlos como a iguales, darles un lugar donde vivir sin pagar, y encima que se comieran sus terneros, sus gallinas? ¿Y para colmo a ellos se les prohibía comerciar con el Alto Perú? ¿Qué beneficio les reportaba, en definitiva, la independencia?

Martín conocía a esas familias de cerca, desde siempre. Sabía cómo pensaban. Estaban acostumbradas a imponer sus intereses sobre el resto del pueblo.

Por Macacha, se enteró de que aquella gente había empezado a conspirar y a hacer planes para destituirlo de la gobernación. A sus espaldas lo llamaban "tirano" y "déspota".

Los gauchos, al contrario, sentían que Martín era el único que los tenía en cuenta. Tal vez por eso lo habían apodado "Padre de los Pobres".

Martín llegó temprano al edificio de la gobernación. Lo sorprendió una multitud en el frente que había aparecido durante la noche. "Patria Nueva" decía. Era el nombre del partido que habían formado sus opositores. En respuesta, él también había creado su partido. Un poco en broma, lo habían bautizado "Patria Vieja", y el mundo había nombrado a su jefe José Ignacio Gorriti.

Al entrar al edificio se encontró con los patios. Por hasta ahí había estado el lugar de los ojos vendados, agitados como los de la gente a él, una gran multitud de gente a punto de furia.

Patria Nueva

Martín llegó temprano al edificio de la gobernación. Lo sorprendió una pintada en el frente que había aparecido durante la noche. "Patria Nueva", decía. Era el nombre del partido que habían formado sus opositores. En respuesta, él también había armado su partido. Un poco en broma, lo había bautizado "Patria Vieja", y al mando había nombrado a su amigo José Ignacio Gorriti.

Al entrar al edificio escuchó gritos en uno de los patios. Fue hasta ahí. Había un hombre con los ojos vendados, apoyado contra un muro. Frente a él, tres gauchos armados estaban a punto de fusilarlo.

—¡Piedad! —suplicaba el hombre—. ¡No disparen!

Martín ordenó a sus gauchos que bajaran las armas. Ellos le explicaron que habían encontrado al hombre haciendo negocios con un soldado realista en la frontera. Tras capturarlo, lo habían llevado allí para fusilarlo por traición a la patria.

El hombre tenía los ojos vendados con un pedazo de tela sucia. Temblaba y sudaba. Martín se le acercó.

—¿Cómo te llamás? —preguntó.

—Mariano Benítez —balbuceó el otro, con la garganta seca por el miedo—. Por favor, no me maten.

Martín le quitó la venda, le tomó la cara con una mano y lo obligó a mirarlo a los ojos. Era un hombre joven. Estaba aterrorizado.

—Andate. No quiero volver a verte —le ordenó—. Contales a los tuyos que el tirano te perdonó.

Benítez obedeció y se alejó corriendo.

Martín se fue a su despacho. Comprendía las incomodidades y penurias que atravesaban los salteños, pero no podía ser que los más ricos pretendieran mantener sus privilegios a costa de los demás. Su egoísmo ponía en riesgo la independencia que ya había costado tanto sufrimiento. La revolución exigía sacrificios de todos.

Esa tarde le contó los sucesos de la mañana a Macacha.

—La ciudad se ha vuelto peligrosa, Martín —le dijo ella—. Tenés muchos enemigos. No van a dudar en aliarse con los realistas con tal de sacarte el poder y seguir haciendo negocios. Me parece que tu familia debe alojarse en un lugar más seguro.

Hacía pocos meses que Carmen había dado a luz a otro varón, al que llamaron Luis.

—Creo que tenés razón, hermanita —dijo Martín.

—Como siempre.

—Como siempre —sonrió él.

Esa tarde, Martín acordó con su esposa que ella y sus dos hijos viajarían por un tiempo a la casa del padre de Carmen, en Rosario de la Frontera, al sur de la provincia.

Mientras tanto, el general San Martín, tras libertar a Chile, había logrado entrar por el mar a Lima. Martín debía cercar a De la Serna en la zona de Cuzco. Pero sus filas nunca habían estado más hambrientas y escasas de armas.

Golpe de Estado

Los Infernales regresaban a Salta tras algunos combates. En la plaza central se había reunido gente. Las miradas se dirigían hacia las afueras. Martín y sus gauchos bajaban del monte en dirección a la ciudad. Para algunos salteños era una visión esperanzadora. Para otros, lo contrario: una especie de serpiente roja, amenazante.

Mientras Martín estaba afuera, sus opositores de Patria Nueva habían proclamado un nuevo gobierno. Había sido un golpe de Estado, al que sus organizadores se referían como "Revolución del Comercio". Habían contado con el apoyo de Bernabé Aráoz, el gobernador de Tucumán, un personaje opaco y ambicioso que detestaba a Martín. Prefería ver el norte

dominado por España antes que a Güemes cubierto de gloria, liberando al Perú junto a San Martín.

Esa mañana los conspiradores estaban reunidos de urgencia en la gobernación. Debatían qué hacer ante el inminente regreso de aquel al que llamaban "tirano". Querían evitar a toda costa que volviera al poder.

Tras deliberar un rato, se pusieron de acuerdo. Las miradas recayeron en Bonifacio Huergo, un rico comerciante porteño que tiempo atrás se había casado con una salteña.

Vista desde el monte, la ciudad podía abarcarse en un puño. Martín tomó un trago de agua. Estaba advertido del golpe de Estado. Macacha le había hecho llegar la noticia en cuanto ocurrió y le había preguntado qué hacer. "Nada. Ya me voy a ocupar yo de los traidores cuando vuelva", fue la respuesta de su hermano.

Martín le pasó la cantimplora a otro gaucho y vio acercarse a varios jinetes a la distancia. Como tenía el sol de frente, entrecerró los ojos para intentar reconocerlos. Recién cuando estuvieron más cerca vio que al frente iba Bonifacio Huergo. Le extrañó que hubiesen enviado a negociar a ese comerciante porteño, y no a alguno de sus viejos conocidos. Aunque,

pensándolo bien, no era raro. Aquellos que habían sido tan obsecuentes con él y lo habían traicionado ahora temían dar la cara.

Martín se adelantó solo, para saber qué venían a proponerle.

—Buenos días —lo saludó Huergo, con la voz ahogada, deteniendo su caballo a unos metros del de Martín.

A pesar del sombrero, al porteño le chorreaba sudor por la frente.

—Vengo a informarle que el pueblo salteño ha elegido a otro gobernador —anunció, buscando algo dentro de una bolsa—. Traigo una carta para usted.

En un instante, Martín intuyó lo que ocurriría. Tironeó las riendas de su caballo. El animal relinchó y se puso en dos patas. Huergo había sacado un arma. Cuando efectuó el disparo, la bala pasó a varios centímetros del blanco y se perdió en la lejanía.

Huergo palideció, y también los hombres que lo acompañaban. Apuntó otra vez e intentó disparar, pero el arma se trabó. Martín lo miró a los ojos, sin miedo, más bien sorprendido por la mezcla de torpeza y cobardía de aquel hombre. Parecía más acostumbrado a trapichear en el mercado que a matar gente a quemarropa.

Cuando Martín desenvainó su sable, Huergo y sus emisarios taconearon los caballos y corrieron monte abajo. Los Infernales, con las armas en alto, los siguieron a todo galope hacia la ciudad.

Barbarucho Valdez

Con el apoyo de sus milicias y de gran parte del pueblo, Martín ocupó nuevamente la gobernación usurpada. Algunos de los que lo habían traicionado volvieron a jurarle fidelidad. Otros huyeron a Tucumán, donde los albergó Bernabé Aráoz.

Martín mandó saquear las casas de los conspiradores. Muchos de ellos fueron encarcelados, pero ninguno resultó muerto. Ni siquiera Huergo, a pesar de haber intentado asesinarlo. Martín sabía que, en un caso similar, Belgrano o Castelli no habrían dudado en ordenar fusilamientos. Pero él había nacido en una familia acomodada, y sabía cómo pensaban y sentían esos salteños de alta alcurnia. A muchos los

conocía desde su infancia. Eso le daba una perspectiva amplia y comprensiva.

Semanas más tarde, Martín se trasladó temporalmente a los campos de un amigo: Francisco Velarde. Desde allí estaba a un paso de la ciudad, y además podía hacer escapadas para visitar a Carmen y a los niños.

Fueron días de cierta tranquilidad para él. Pero era la tranquilidad que precede a la tormenta. Las intrigas estaban lejos de haber terminado.

Mariano Benítez, aquel joven al que le había perdonado la vida, recibió dinero de manos de los miembros de Patria Nueva para llevar adelante otra traición.

Una mañana, guiado por un coya, Benítez salió de la ciudad y caminó por desfiladeros polvorientos. Buscaba el campamento de Pedro de Olañeta, para entregarle información sobre los movimientos de Martín.

Después de tres horas de caminata bajo el sol Benítez, exhausto, le preguntó a su guía:

—¿Cuánto falta?

Entonces oyeron ruidos. El traidor se ocultó en una enramada, temiendo que fuera una patrulla de gauchos. Al ver que eran realistas, respiró aliviado. Igual que él, avanzaban guiados

por coyas. Y, aunque numerosos, no llegaban a ser un ejército.

Benítez se presentó. El español que estaba al frente del grupo lo examinó en silencio. Era un hombre ancho, sucio y desgredado. Se llamaba José María Valdez. Lo llamaban "Barbarucho". Pedro de Olañeta le había encomendado la misión de espiar a Martín y avisar al ejército cuando fuera el momento oportuno de atacar.

—Yo sé adónde está el tirano Güemes —dijo Benítez, excitado—. Precisamente los buscaba para llevarlos hasta él.

Barbarucho Valdez se convenció de que no era una emboscada y de que aquel criollo decía la verdad. Decidieron seguirlo. Ya era entrada la noche cuando llegaron a las afueras de la ciudad.

Noche trágica

Esa tarde Martín había ido hasta la casa de su infancia a revisar documentos y contestar algunas cartas.

Cuando se hizo de noche decidió que dormiría allí, al igual que su asistente de confianza, Mariano Refojos.

Después de cenar en el salón, ambos habían vuelto al antiguo estudio de Güemes Montero, "el Tesorero", para trabajar un rato más.

—¿No querés un poco más de locro? —preguntó Macacha, asomándose a la puerta—. ¿Un poco de dulce?

—No, gracias, hermanita. No puedo más —dijo Martín, tocándose la panza.

Macacha sonrió con amargura y se quedó mirándolo desde la puerta. Nunca lo había visto tan flaco, apenas había probado bocado. "¿Qué vida era esa?", se preguntó. Sin descanso, siempre alerta, alejado de su familia. Aunque habían logrado mucho, su hermano y ella. En esos años habían rechazado siete invasiones realistas. Ni más ni menos. Sin contar los enfrentamientos internos.

Martín alzó los ojos y se encontró con los de su hermana. Intercambiaron una sonrisa.

—Los dejo tranquilos —dijo Macacha, y se retiró.

—Mariano, necesito unos documentos de la gobernación —le dijo Martín a su asistente—. Andá de una corrida, por favor.

Le explicó lo que precisaba y Refojos salió de la casa para cumplir el recado. Un minuto después, un disparo rompió el silencio nocturno. Martín corrió hasta una ventana. Afuera todo era oscuridad.

—¡Martín! —Macacha abrió la puerta del estudio—. ¡Vienen a buscarte! ¡Salí por atrás!

Pero Martín había dejado una escolta de dos hombres en la puerta de la casa, y no pensaba abandonarlos.

—Tranquila, hermanita. Por las dudas agarrá un arma y trancá la puerta, aunque aquí no van a entrar.

Martín salió por el frente. Trepó al caballo. Sus gauchos estaban alarmados. Habían escuchado el disparo, pero no sabían de dónde había salido.

—Vamos —ordenó Martín, poniendo rumbo hacia la casa de gobierno.

La calle estaba vacía. Antes de llegar a la esquina vislumbraron un cuerpo tirado. Era Mariano Refojos. Martín lo reconoció por el sombrero.

Estaba a punto de auxiliar a su amigo cuando recomenzaron los tiros. Los hombres de Barbarucho Valdez se habían ubicado en dos esquinas. Disparaban, agazapados.

Martín y sus hombres taconearon los caballos. Galoparon hacia el final de la calle pero tuvieron que torcer el rumbo: los realistas eran muchos. Los habían cercado.

Las balas silbaron en los oídos de Martín. Oyó un grito. Uno de sus escoltas cayó de su montura, y enseguida el otro. Él se agachó y se apretó contra el cuerpo de su caballo. Los disparos zumbaban atrás. Sintió un pinchazo. Un ardor frío le atravesó la cintura. Se aferró a las riendas y siguió adelante. El dolor se hacía más intenso a medida que los tiros se apagaban y la ciudad quedaba atrás.

En Cañada de la Horqueta

Un pájaro aleteó en la quietud y levantó vuelo. ¿Hacía cuánto que cabalgaba? ¿Dos horas? Había perdido la noción del tiempo. Se abrazó a la piel caliente del animal que avanzaba al paso. Se acordó de la primera vez que había montado y de su primer caballo. Creyó oír el rumor del agua, pero no estaba seguro. El dolor en la cintura se había convertido en un ardor punzante. Quemaba y se extendía hacia arriba, por la espalda.

Poco después, el sonido del agua se hizo más nítido. Estaba en el río Arias. Dos figuras oscuras se acercaron a caballo. Martín intentó incorporarse pero no pudo. Por suerte, eran gauchos. Lo bajaron e intentaron vendarle la herida para

que dejara de sangrar. Con ramas improvisaron una camilla y lo llevaron hasta un rancho. Allí permanecieron cuidando a su líder, mientras enviaban a un mensajero para contactar a los jefes de Los Infernales y decidir qué hacer.

Al amanecer llegaron el coronel Vidt y Manuel Puch, cuñado de Martín. Trasladaron a su jefe hacia Cañada de la Horqueta.

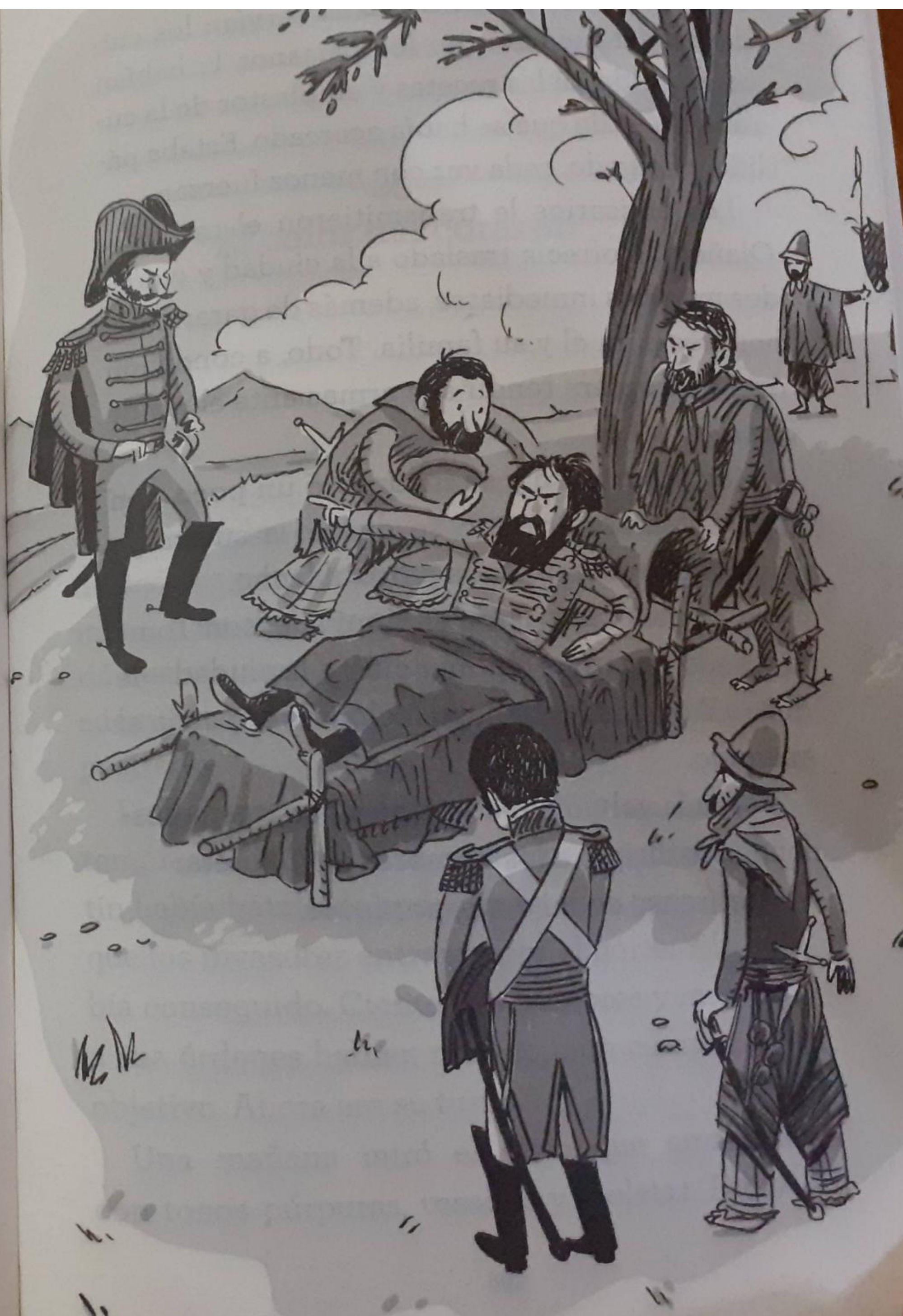
Al mismo tiempo, Barbarucho Valdez aprovechaba para tomar la plaza y el Cabildo de la ciudad, que recién despertaba.

Se abrieron las cárceles para liberar a los realistas y a los criollos presos. Ellos y sus familias saludaron a Valdez como a un salvador. "¡El tirano ha muerto! ¡Viva Fernando VII, viva el rey!", se oía gritar.

Pedro de Olañeta invadió con su ejército la ciudad de Salta y asumió la gobernación de la provincia. Sin embargo, sabía que la autoridad de Martín sobre sus gauchos y gran parte del pueblo seguía intacta y que nunca podría gobernar en paz si no resolvía ese conflicto.

La mañana del 12 de junio de 1821, dos emisarios realistas llegaron hasta Cañada de la Horqueta llevando un mensaje de su jefe.

Martín descansaba al aire libre, debajo de un cebil colorado. Seguía postrado. Su herida no



sanaba. Al contrario. De nada servían los cuidados del médico que los paisanos le habían conseguido, ni las recetas y emplastos de la curandera india que se había acercado. Estaba pálido y delgado, cada vez con menos fuerzas.

Los emisarios le transmitieron el mensaje: Olañeta le ofrecía traslado a la ciudad y cuidados médicos inmediatos, además de garantías y honores para él y su familia. Todo, a condición de que aceptara rendir sus armas ante el rey de España.

Martín los miró y se incorporó un poco, con gran esfuerzo. Primero se dirigió a su amigo Vidt, que lo acompañaba junto al lecho.

—Coronel Vidt, usted será mi sucesor. Tome el mando y marche a poner sitio a la ciudad —le dijo—. Y no descanse hasta echar de la patria al enemigo.

Después volvió a recostarse y con gesto desdenoso se dirigió a los hombres de Olañeta:

—Retírense de mi vista, por favor.

El color del corazón

Durante los días que duró su agonía, Martín dedicó sus pensamientos y recuerdos a su hermana, a su mujer y a sus hijos, pero no permitió que viajaran a verlo. Temía por sus vidas, y además no quería que lo recordaran así, herido, postrado.

Le llegaron noticias de San Martín. Tarde o temprano, los realistas serían derrotados. Martín había batallado todos esos años para evitar que los invasores entraran por el norte. Y lo había conseguido. Cientos de hombres y mujeres a sus órdenes habían muerto para cumplir ese objetivo. Ahora era su turno.

Una mañana miró el cielo que amanecía con tonos púrpuras, rosados y violetas. Estaba

debajo del cebil colorado. En torno a su lecho había hombres con ponchos rojos. Martín pensó que, sin duda, aquel había sido el color de su vida. El color del corazón y de la sangre. También de la tierra, en algunos lugares. El color de la pasión, del fuego, del peligro. Un color siempre vivo y desafiante, demasiado intenso para algunos.

Esa tarde, hizo jurar a sus hombres que proseguirían la lucha contra la tiranía.

Martín Güemes murió el 17 de junio de 1821. Tenía treinta y seis años.

Cuando se conoció la noticia, cientos de gauchos se acercaron a la Cañada de la Horqueta, y estuvieron presentes en su entierro, en la capilla del Chamental.

Días más tarde, el desconsuelo y la furia por su asesinato despertaron nuevas escaramuzas y combates en Salta.

Macacha sostuvo en alto, durante el resto de su vida, los ideales de su hermano. Vivió hasta los ochenta y nueve años. Siempre siguió activa en la vida política de su provincia.

Tras la muerte de Martín, la *Gazeta de Buenos Ayres* publicó:

YA TENEMOS UN CACIQUE MENOS

Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos.

Pero no fue la historia oficial, sino el pueblo, el que se ocupó de conservar vivo el recuerdo de aquel hombre que peleó por sus derechos. Un hombre de una dedicación y coherencia únicas. Una persona que fue despreciada y traicionada por algunos, pero amada y apoyada por todos los que compartieron sus convicciones y su profundo deseo: construir un país más libre y más justo.

A esas convicciones y a ese deseo, entregó su vida.

Índice

1. En la casa natal.....	7
2. Injusticias	13
3. La fragata invasora	19
4. Con los hermanos Pueyrredón.....	25
5. Revolución	29
6. Los gauchos de Güemes.....	35
7. Primera victoria contra los realistas	37
8. Contratiempos	43
9. Un encuentro decisivo.....	47
10. Esperanzas	51
11. Regreso a Salta.....	53
12. La guerra de recursos.....	57
13. El Puesto del Marqués.....	61



14. Carmen.....	63
15. Los Infernales	67
16. El Pacto de los Cerrillos	73
17. Contra De la Serna.....	77
18. El plan continental.....	81
19. Sin ayuda.....	85
20. Patria Nueva.....	89
21. Golpe de Estado.....	93
22. Barbarucho Valdez	97
23. Noche trágica.....	101
24. En Cañada de la Horqueta	105
25. El color del corazón.....	109

Agradecimientos

A Pablo Schuff y Laura Ávila,
por sus imprescindibles aportes
para escribir este libro.



Nicolás Schuff

Nació en Buenos Aires, en 1973. Es escritor y estudió entre, otras cosas, periodismo y literatura. Trabajó como librero y corrector. En el ámbito de la literatura infantil comenzó escribiendo versiones y adaptaciones de cuentos clásicos, mitos y leyendas. Publicó muchos relatos, novelas y libros ilustrados. En Norma, además, ha publicado *Hugo Besugo y el misterio del Club de la Luna* y *Hugo Besugo y el misterio del perro salchicha*, en la serie Torre Roja; y en la colección GOLU, *Mitos griegos de amor y aventura* y *Seres que hacen temblar*.



Juan Pablo Zaramella

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Sus ilustraciones fueron publicadas en importantes medios gráficos. Ha ganado premios internacionales. Su corto "Luminaris" fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie "El hombre más chiquito del mundo", que se emite por el canal Pakapaka.



Eduardo Karakachoff (Koff)

Nació en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, en 1970. Es ilustrador y diseñador en comunicación visual egresado de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Trabaja ilustrando y diseñando libros, revistas y manuales para distintas editoriales de la Argentina y de España.

Azul
TORRE

MARTÍN MIGUEL DE GUZMÁN

Fuegos del norte

Nicolás Schuff



Su vida y su lucha junto a los gauchos en las guerras de la independencia sudamericana.

Nació en una familia acomodada, pero fue criado en los valores de la igualdad y la libertad. Por eso, desde joven, Martín Miguel reconoció en la gente del pueblo a las víctimas de muchas injusticias. Gauchos, indios, criollos, sirvientes, mulatos y negros, sin otro uniforme que el poncho, sin más armas que las tacuaras, lo tomaron como jefe, lo llamaron "Padre de los Pobres" y combatieron a su lado en las luchas por la independencia.

Norma

www.edicionesnorma.com/argentina

